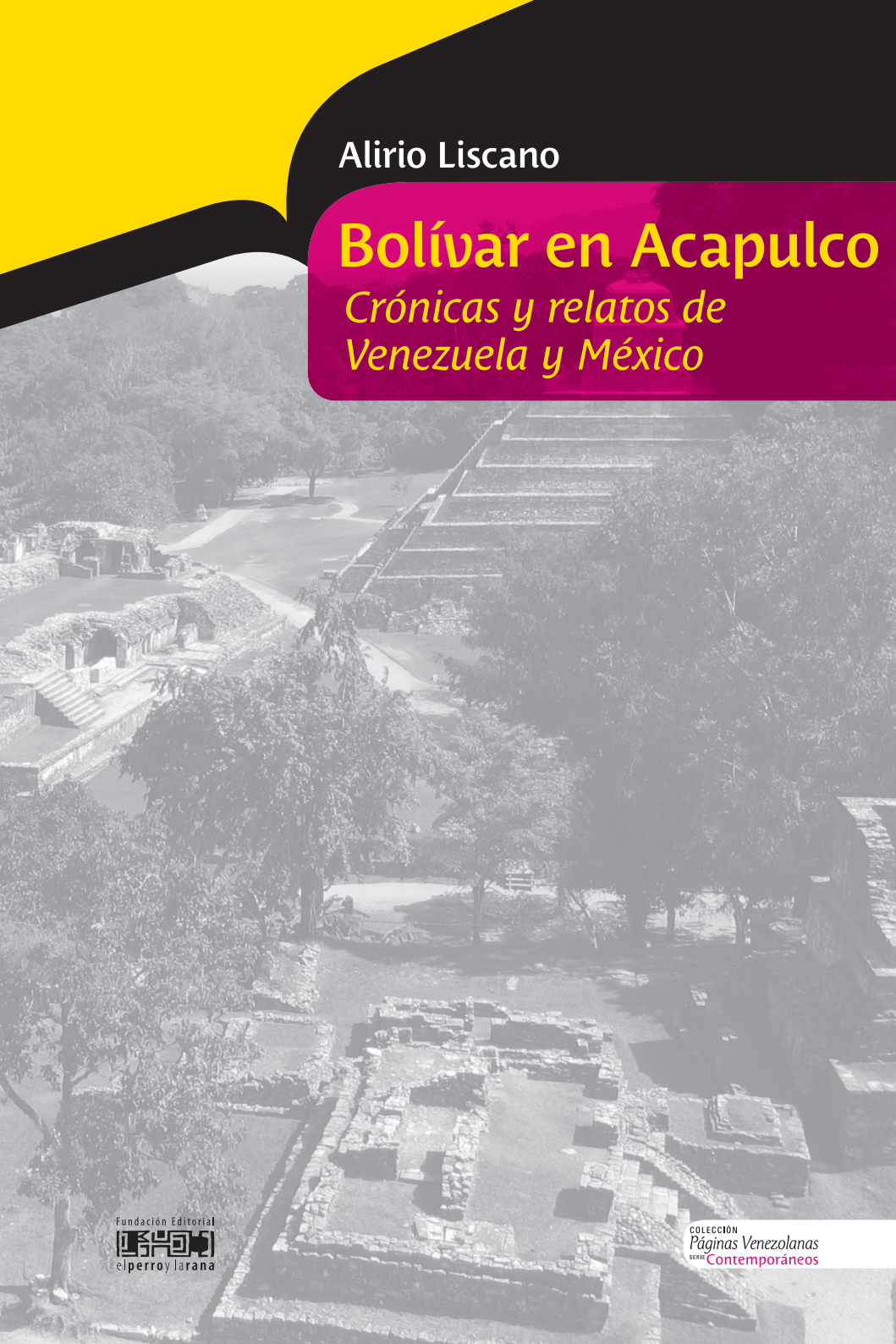
Alirio Liscano

Bolívar en Acapulco

Crónicas y relatos de Venezuela y México



Fundación Editorial el perro y la rana

COLECCIÓN Páginas Venezolanas SERIE Contemporáneos

Alirio Liscano

Bolívar en Acapulco

Crónicas y relatos de Venezuela y México

© Alirio Liscano
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección:
Jhon Aranguren
Mónica Piscitelli

Edición al cuidado de:
Jairo Noriega
Jesús Rodríguez
Damarys Tovar
Arlette Valenotti

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2018001259
ISBN 978-980-14-4235-6

colección ***Páginas Venezolanas***

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas. La constituyen tres series:

Clásicos *abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.*

Contemporáneos *reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.*

Antologías *es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.*

No es la muerte la que no tiene límites, es la vida.

Gabriel García Márquez en *El amor en los tiempos del cólera*.

A Gustavo Vargas Martínez, bolivariano universal.
In memoriam.

Liminar

Lo vimos, lo conocimos, se acercó por la ribera, era un docente en el Colegio La Salle, allí lo seguían sus alumnos, allí participaba, enseñaba historia, pensaba, se definía, vivía tranquilo y sin problemas, pero "estaba resuelto" y perfilaba sueños que al final se encontraron y fueron únicos, quería volar como el albatros o como un águila de la ciudad nevada que caminó para quererla, estudiar en ella, para desvelarse y enamorarse, para escribir, para estar y ser, para sembrarse, otear el porvenir que veía lejano aunque divisaba la costa que no era arena ni espuma, quería seguir, quedarse en la Universidad, pisar firme y encontrar la roca que fuera su "aeropuerto de piedra", donde reafirmar las convicciones, vencer su inconformidad, demostrar sus tesis, cultivar la vida "sin enfrentarla ni evadirla", para servir y no para servirse, reconfortar el espíritu sin ser materia, ser útil y volar como el principito, para estar pendiente, claro, sereno, analítico, táctico, solidario, aunque no necesariamente incondicional.

Así fue creciendo en conciencia y en espíritu. Sintió la modorra de Emilio en su garaje. Y recordó el dolor de "Rafaelita", la excluida de la suerte a pesar de su tenacidad, que perdió a la hermana "viva de milagro" y a la madre María "con la barriga al aire", hurgando profundo en

este mundo injusto que no ha sabido convertir la maldad en ternura. Con un presente que lo anima, resuelve volver al pasado y añorar a Valencia en los años mozos del Liceo "Martín J. Sanabria", su "claustro de sueños", sentir nostalgia por el deambular de sus maestros y oírlos de nuevo en su sapiencia y seguir siendo alumno, ya que evocar es vivir, palpar la ciudad en sus reductos, en sus símbolos y en su gente, todos recuerdos imborrables. Cuando regresa ya está en lo suyo, el mundo real, en la política, para pensar que el Pacto de Punto Fijo fue la creación de una cultura perversa, que concentró Imperio, Oligarquía, Partidocracia, Empresa, Sindicaleros y una minoría de la Izquierda, en evitar los cambios y transformaciones, hasta que alumbró el nuevo siglo preñado de esperanzas. Este debate sigue con ardor en Venezuela.

En algún momento lo anima el exterior, y levanta vuelo no como el alcatraz "sobre cielos infinitos, mares perdidos y selvas insondables", pero sí en función de crecer, mucho más si se cumplen misiones patrias y se puede llegar hasta la magia intangible de Vallarta de Jalisco, inspiración literaria "amable y sugerente" de una caraqueña, integrada a este "puerto con alma, rico en tradiciones y costumbres fascinantes". Cumplir el sueño de conseguir un venezolano en cualquier parte, iniciar una amistad, disfrutar de una velada en la bahía, confundir la noche con el día y sentir, con fuerza trepidante, una floración telúrica. Momentos de intercambio latinoamericano que concede la diplomacia, escuchar música propia, y por supuesto brindar en un "barco encantado", más elegante que el encontrado por el Quijote en el Ebro y al que pudo montar al lloroso Sancho después de llamarlo "corazón de mantequilla". En la nave quijotesca tuvo que darle clases de cosmografía, la embarcación siguió navegando y cogió vuelo, pero el barco fue detenido por varios molineros. Don Quijote los enfrentó espada en mano y ambos se lanzaron al agua, pero el peso de las armas los llevó al fondo, de donde los sacaron más mojados que muertos.

Es la cultura que lo atrae, que lo fortalece, que lo dignifica. Su afán es seguirla, entenderla y palparla. Reafirmar la historia para que sea durable, conservar los ritos ancestrales, no dejar perder la memoria y valorar sus expresiones, que significan folklore pero son bienes del alma, espíritu y razón profunda de los pueblos. Al tambor de los chimbangueles se van mostrando las tradiciones, el ensamble de culturas diversas, con trajes, con bailes, con costumbres y con sentimientos, que se

expresan como "plegarias colectivas", y que el autor detalla en los ritos de San Juan y San Benito. Después se encuentra con el arpa de Torrealba, con las expresiones de la llanura venezolana hasta el Paraguay, que según Barrett es una "Tierra roja y cálida que enceguece con resplandores y seduce con mansedumbres...", y su música es única, arpa y guitarra en la más pura expresión guaraní. Un orgullo que se deja ver en la exquisita referencia al maestro de la música nacional, para recibir reconocimientos universitarios y actuar en contrapunto con los maestros paraguayos, sus grandes admiradores, actos que se repiten en Veracruz, ciudad donde los cultores de la música jarocha se adormecen en los bordones de su arpa viajera. Juan Vicente, recuerdo ahora, cultivó rendido culto a la mujer venezolana, como en aquella canción *Muchacha de ojazos negros*, a la que enamorado requería "solamente dos favores quisiera pedirle a Dios: ser patrón de tus amores, ser el eco de tu voz".

En el retorno a la nación mexicana se llevó al grupo de títeres "Colibrí", unos triunfadores con ancestro merideño de los tiempos del inolvidable don Javier Villafañe, auspiciados por tantas figuras de la cultura que impulsaron la gestión rectoral del Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, con referencias políticas y culturales muy claras, porque ocurrió el hecho radical de que "el teatro se fue a la calle". Muy completa es la cita a los orígenes de los títeres y del teatro en Mérida, que es el reconocimiento a una labor pionera que cosechó frutos con Humberto Rivas y ahora es llevada de la mano por el académico Freddy Torres a quien le preguntaron si el teatro estaba muriendo y respondió que: "Seguirá vivo, porque el teatro es el hombre y es la representación de la vida". Desde la agregaduría cultural, que desempeñó idóneo y entendido, llegó hasta la "casita blanca", el nicho del maestro don Agustín Lara, el de las 500 canciones, como *Madrid* o *María Bonita* a la que enamoró diciendo: "Lo traigo lleno de flores,/ como una ofrenda,/ para dejarlo bajo tus plantas,/ recíbelo emocionada,/ y júrame que no mientes,/ porque te sientes idolatrada".

Nos encontró en Acapulco en 1996 en una conferencia sísmica (de "terremotólogos", como dice él) y tuvo la gentileza de invitarnos hasta la avenida costera Miguel Alemán para develar allí la efigie del Libertador Simón Bolívar y escuchar el poema al Padre de la Patria, escrito por un alumno de la Escuela "República de Venezuela" de esa ciudad famosa. Testigos fuimos de este acto en el ambiente externo de

la avenida cosmopolita, muy concurrida, en donde sentimos las notas del *Gloria al bravo pueblo* que conmovió especialmente nuestro espíritu, porque confirmó la emoción de ser venezolanos. Quedan impresas aquí facetas literarias de quien da un buen trato al idioma, la persona culta y creativa que ve el acantilado como "el rocoso talud que nunca separó sus ojos de las aguas ancestrales, tan colmadas de creencias e historias", lo que constituye una invitación para acercarse a la leyenda.

La referencia es obligante para el revolucionario mexicano don Felipe Carrillo Puerto, gobernador benemérito de Yucatán, con amplia obra social comprometida con los mayas, en su enfrentamiento con los hacendados sureños mexicanos. Crónicas y relatos que conforman la obra que el profesor Alirio Liscano tituló *Bolívar en Acapulco*. Por cierto, en los pliegues de estas páginas está *El hombre de fuego*, el Prometeo ardiente que llega hasta las vísceras, de José Clemente Orozco, el muralista mexicano que a través de su obra, "para algunos trajo luz y calor y para otros destrucción y muerte". Después, caben los usos del maguey en la preparación del pulque, tequila y mezcal, que conocimos en México, los mariachis y las noches de bolero, el arte de los grandes escultores y pintores, de los realizadores de cine, elementos que han proyectado al país azteca y que lo han hecho conocer en todos los confines del planeta.

Una vez en Europa viajando en autobús con gente de diversos países, en el equipo de sonido nos brindaron la canción *Cielito lindo* y todos cantamos a la vez, aun siendo nórdicos, polacos, americanos, asiáticos o africanos. En esa melodía latinoamericana viaja el alma de México. En los folios finales, Alirio nos ofrece el homenaje a Anselmo López, el virtuoso de la bandola, del saber fabricarlas y saber tocarlas, un artista popular de nivel universitario e internacional, que se merece todos los honores, con una referencia de grandes músicos llaneros que engalanan este "libro-bisagra" de venezolanos y mexicanos.

El autor cierra estos textos con una guinda dorada aunque dolorosa. El escrito postrero nos presenta a Moctezuma desesperado en su laberinto, como su pueblo encadenado, víctima de la maldad de un hombre astuto, ambicioso y sanguinario como fue el conquistador Hernán Cortés.

Aquí queda, como labrado en piedra, un testimonio vital de Alirio Liscano.

William Lobo Quintero

Crónicas y relatos

Emilio

Nació con esa braga, con esa cachucha de kaki y con esos zapatos marrones eternamente engrasados. Vino a la vida con la "caja de hierros" en la mano. Y con ese *jeep* Willys, modelo de 1952, irrumpió en aquel garaje, donde se quedó para siempre.

Nadie lo vio jamás de otra manera. Se sabía que era hijo, esposo, padre, hermano y tío. Pero en la memoria colectiva no reposaba ni una imagen suya en la que apareciera al lado de alguno de los suyos. No era cosa de locos preguntarse a qué hora compartía la cama con su esposa, en qué momento engendraba los hijos, cuál era su horario de comida, a qué hora se bañaba, incluso si dormía.

Eso sí, siempre estaba con el *jeep*, allí en el taller. Era su verdadera casa. Ese era el recuerdo que todos tenían de Emilio. La escena de todos los días era Emilio con el capó del carro levantado. O suspendiendo el Willys con "el gato". O arreglando un caucho. O reparando los carbones del motor de arranque. O baqueteando el radiador. O lavándolo.

Emilio hablaba mucho. Según los comentarios de la vecindad, era "un radio". Se la pasaba charlando todo el día, aunque no cantaba

ni silbaba. En las cercanías del taller, todos oían lo que voceaba. Sus temas eran recurrentes. El agua, la luz, el aseo urbano, los teléfonos, la delincuencia, el costo de la vida, el transporte público, la carencia de vivienda, el incremento de los alquileres, el gobierno, la oposición.

Después de dar la tercera vuelta a la manzana, asegurándose de que el "catanare" (así llamaba ocasionalmente al rústico) estaba "bien entonado", lo estacionaba bajo la inmensa mata de aguacate del patio. Entonces, lanzaba a los amigos algunas frases asombrosas: "Ese cochino que se atravesó en la esquina como que está buscando que le planchen el flux". "¿Qué estará pensando ese marrano? ¿Será que cree que este "catanare" tiene muchos frenos?".

Largo y seco, con cuerpo y alma de quijote, Emilio se mantuvo siempre con las manos grasientas al lado de su Willys, sin trabajo remunerado ni estudios. Y así realizó el último viaje. Se fue. La gente jamás olvidó su cantaleta:

"¡Cuando yo arregle este carro, arreglo mi vida!".

Resuelto

Recostado en la camioneta *pick-up*, acodado en el borde de la tolva, miraba fijamente al pavimento de la calle. El asfalto estaba negro, negrito, brillante, como recién pulido, lo que le daba a la calzada un aspecto luminoso. Se encontraba absorto, cavilando, pensando en los arduos problemas de ese día.

Más allá, hacia el Norte y hacia el Sur, por cada lado de la vía, estaban las filas de vehículos que dominaban el paisaje. Y en la esquina, un perro, delgado de frío, cruzaba presuroso. Era una estampa habitual, sin variaciones, en aquella rutina matinal.

De pronto, lo vio venir, por la misma acera donde estaba recostado en la *pick-up*. Bajaba lentamente, aunque por momentos daba algún traspié. Parecía un hombre moreno, joven, lucía decente, vestía de negro informal, con sandalias conservadas y un cuadro bajo el brazo. Seguramente era algún pintor de los que estaban avecindados en la zona.

Tuvo la impresión de que podía ser Rufino Guillén, el pintor de Pueblo Nuevo del Sur, en Mérida. "Se daba aires" a Rufino. Pero, no. No podía ser Rufino, Rufino ya había muerto varios años antes, en un accidente automovilístico.

En su viejo *jeep*, perdidos los frenos, se fue por un barranco y hasta ahí llegó el pincel maestro. Lástima de Rufino, porque llenó toda una época de la pintura popular en los Andes venezolanos. Ahora solo estaba su recuerdo colgado en las paredes de las casas.

Cuando el hombre estuvo más cerca, pudo verlo mejor. Efectivamente, era un hombre que frisaba los cuarenta años, de ojos oscuros, pelo también oscuro y con una barba delgada y alargada en los estrechos límites de las mandíbulas.

Extrañamente, más cercano, parecía borracho. No obstante, su mirada era firme y su voz clara. La imagen era recia, aunque cordial e incluso dulce. Era de esas personas que, según el habla popular, "tiene buen cerca, aunque no buen lejos".

La extensa sonrisa lo mostraba además, como un hombre inofensivo. Y ciertamente, era un ser pacífico. Se acercó y lo invitó a estrecharse las manos y chocar el puño en señal de amistad. Entraron en diálogo y entonces dijo:

—¿Cómo está usted?

—Bien, ¿y usted cómo está?

Y el recién llegado ripostó:

—Yo estoy resuelto, no tengo problemas con nadie, vivo tranquilo.

Solo eso dijo. Y como se acercó, se retiró. Como llegó, se fue. No le ofreció, ni siquiera le mostró el lienzo que llevaba bajo el brazo. No intentó vendérselo, como él había supuesto al comienzo. Siguió su camino, acera abajo, caminando lentamente y dando algún traspié de vez en cuando.

Como se veía de frente, se veía por detrás, completamente negro, negro todo, negro, con la sola excepción de la botella que asomaba en el bolsillo trasero. "Quizás tiene razón", se dijo el hombre acodado en la pick-up.

Tal vez esté resuelto.

Por unas horas.

Presentimiento

El alcatraz detuvo su vuelo en el pasado. En la grava fósil clavó sus ojos amarillos. La espuma, el rompeolas, nuevamente. La luz, en lluvia inmóvil, fustigaba las gotas escindidas. Y tuvo que voltear una vez más. En ese instante vio. No estaba allí. No era la bahía. Tampoco su balandra. Ni su ola. Tenía que proseguir. Marcar de nuevo el rumbo. No sabía a dónde ir. Sabía, eso sí, que alguien esperaba por él, en el espejo del cosmos.

Con ambos ojos en el mar y las pupilas en la tierra, desplegó las plumas imantadas e impuso su sombra al mediodía por sobre los pelícanos absortos y los cangrejos agresivos. El pico largo y las alas penetrantes, de extremos negros, cortaron el sol que encandilaba. Voló sin cesar, como si tuviera la muerte a sus espaldas. Se levantó sobre cielos infinitos, mares perdidos y selvas insondables y se volvió a parar sobre la brisa, para consultar a los arcanos. Todavía le faltaba mucho. El futuro era lejos.

Ese tampoco era el lugar que precisaba. Prefería la suerte de la almeja, quieta de silencio en su anonimia. Sin tener que mudarse

eternamente. Ni cruzar el tiempo. Ni vivir en el destierro. O el caballito de mar. O el orgulloso albatros. O los fieros escorpiones. O hubiera escogido la inocencia del delfín. O se hubiera transmutado en martín pescador, animalito pequeño de cabeza y de patas, pero grande de cerebro, que se paseaba instalado en lagunas y ríos de las estepas, con sus ojos brillantes de esperanza y su pecho encarnado de ternura.

Sin embargo, tenía que seguir. La estación, quizás, estaba cerca. La inocente caracola enviaba mensajes en sordina. Y traía sin querer la buena nueva. Lo sospechaba. Ella seguía esperándolo. Aguardaba por él. Pero debía llegar. La cabalgata lunar ya se iniciaba. Y levantó vuelo nuevamente. Con el pecho inflamado. Y los ojos ardidos de desvelo. Ya no pararía, hasta que la gema polar se asomara en los taludes.

El tronco verde de la costa se dibujó en sus remos. Miró con agudeza los corales. Los escrutó como un francotirador vencedor frente a su presa. La alfombra de sal rasgaba los umbrales. Y divisó el tañido por la orilla. La luz impune lo cegaba. Ya no podía ver, pero sentía. Ahí estaba la costa que buscaba. El aeropuerto de piedra. La planicie de claros pedernales. El fulgor definitivo. Aguardándolo en el éter. Como le prometió desde el futuro, mucho antes. Por fin lograban encontrarse nuevamente. La fe produjo la esperanza. El viaje a través del tiempo había acabado. Si volviera a volar serían los dos. Juntos los dos. Porque la vida es a dos, según los salmos.

En el pasado tuvo la certeza. Y en el futuro la noticia. Eran similares esos sueños. El primero era lo mismo que el segundo. El segundo era lo mismo que el primero. Qué importaba el trayecto de ida y vuelta o vuelta e ida, la ilusión de cóncavo o convexo, o la congoja trocada en desarraigo, si en la terminal definitiva estaba ella estacionada. En los pliegues de topacio, se encontraba acampada. Era ella, sembrada por siempre, para él, en lontananza.

La roca presentida.

Su roca.

Rafaelita

I

Ahí la encontraron, en el piso de la habitación, larga y seca de martirio, con la tez blanca más pálida que nunca, con su lunar muy cerca de la boca, la nariz aguileña, el cuello estirado y una espuma seca que, en la tarde o la noche, le había brotado de los labios. Rafaelita estaba muerta. Parecía que se había envenenado.

A esa hora terminaron sus suplicios, en esa casa de los Jardines del Valle, en Caracas, un sector de clase media baja, a donde llegó aturdida, sin dinero, sin saber qué hacer con su vida, como brizna arrastrada por el viento.

Tal vez, en esa gran ciudad, pensaba ella, podría tener otras oportunidades, rehacer su existencia, aliviar sus dolores, trabajar, estudiar, que era su gran vocación, labrarse otro destino. Sabía que no era fácil, pero no carecía de formación y le sobraba voluntad.

En verdad, solo contaba con ella misma, así había sido su vida, no tenía a nadie, ni familiares, ni amigos, ni conocidos. Por varios lustros se había desempeñado como maestra en la histórica población de Calabozo y eso, quizás, podría servirle de algo.

II

Calabozo era uno de los referentes importantes de su personalidad. Constituía uno de sus temas preferidos de conversación. Quienes la apreciaban, frente a sus dolencias, pesadumbres o sopores, invariablemente, buscaban inducirla hacia ese tema, que visiblemente la hacía sentirse bien. Calabozo como plática la animaba. Era como entrar en un trance emocional que le mejoraba el humor, la hacía sonreír y por momentos reír a carcajadas.

Calabozo no era una manía, fijación o antojo para ella. Por el contrario, hablar de Calabozo era iniciar un conversatorio que le desataba los sentimientos y hacía brotar su vocación docente de dos maneras: por una parte, la regresaba a su condición de protagonista del salón de clase; y por la otra, le permitía poner en juego los conocimientos que en media vida había acumulado sobre esa ciudad, el espacio geográfico circundante, su gente, la economía y la cultura. Vecinos, ancianos, niños, todo afloraba de repente.

Calabozo, que según decía, no se sabía si derivaba su nombre de prisión o de un instrumento de labranza, fue ciertamente en los siglos coloniales un importante centro mercantil, pasadizo de diversas líneas comerciales tanto agrícolas como ganaderas, en el cual, como hasta nuestros días, siempre ocupó primer plano la producción de arroz.

En estas llanuras olorosas a mastranto y a vacunos —valga el recordatorio—, desplegó su actividad económica el asturiano José Tomás Boves, a quien Juan Vicente González denominó después "el primer gran caudillo de la democracia venezolana".

En estas tórridas sabanas, después de alternar sus simpatías entre republicanos y realistas, a partir de 1812 definitivamente, Boves se alineó con los ejércitos monárquicos, levantando las más gigantescas legiones de llaneros a favor de la realeza española, hasta que una lanza patriota lo detuvo para siempre en las praderas de Urica a fines de 1814.

III

Pero, volvamos a Rafaelita. Ingresó en el Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio, un proyecto visionario del gran maestro venezolano que fue Luis Beltrán Prieto Figueroa, el cual se proponía el perfeccionamiento del personal en servicio y la titulación profesional de los profesores que ejercían sin certificados académicos.

Por 1979, cuando Rafaelita ingresó, el Instituto había logrado rango universitario y se crearon dos modalidades: presencial y a distancia. Luego surgió la red de Núcleos Académicos y Extensiones Locales en todo el país. Y finalmente, en 1988, el Instituto se integró como tal a la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (Upel).

En el Instituto, Rafaelita conoció a Ezequiel, de quien se enamoró, se embarazó y tuvo un hijo. Ezequielito, su bebé, vino a ser un alivio extraordinario, una fuerza espiritual inmensa para una mujer de sensibilidad que veía en el niño una nueva razón para vivir.

La llegada del hijo prometía ser el mejor momento de su vida. Rafaelita disfrutaba mucho a Ezequielito. Ocuparse de él, de por sí, constituía un ceremonial. Prepararle el tetero cuando no mamaba, bañarlo, tener lista la papilla o la sopa que comía, los pañales que debían lavarse religiosamente, vestirlo adecuadamente no fuera cosa que enfermara con "un viento de agua", la cuna, las cobijas, cuidar su sueño. En fin, tantas y tan minuciosas tareas que corresponden a una madre dedicada.

Varios años tomó a Rafaelita la crianza de su niño, no exenta de problemas porque debía, al mismo tiempo, atender los estudios y trabajar ocasionalmente en labores de enseñanza a domicilio que le facilitaban el sustento, sobre todo para cubrir las necesidades del bebé. Esos fueron años felices, muy felices, la primavera de su vida.

La relación con su pareja se derrumbó bruscamente y entonces inició su trayecto a otro calvario, probablemente peor. El padre del niño parecía querer arrebatárselo, quitárselo, arrancarlo de ella, dejarla sin el único ser con quien contaba, que alumbró y crió, que era suyo. Fue por esos días desgraciados que comenzaron sus problemas mentales.

No podía entender lo que pasaba. Le costaba aceptar ese naufragio. Estaba sola. Solo quería contar con alguien. Como todos los seres humanos, tenía derecho a una familia propia, a un nuevo núcleo parental, a una vida afectiva estable.

IV

Cuando Rafaelita escuchó decir ese nombre, el nombre de Jorge Rodríguez, sintió que le sonaba, que le era conocido, que había estado alguna vez en la casa. Efectivamente, años atrás, en un círculo de vecinos frecuentado por un pariente de ella que estaba involucrado en la

lucha revolucionaria contra el terrorismo de Estado que caracterizó al gobierno de Rómulo Betancourt (1959-1964), lo había conocido y después pudo cordializar en dos oportunidades con el joven dirigente estudiantil cuando visitó la casa.

Sabía poco de él, aunque conocía que muy joven había participado en la huelga universitaria contra la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, ocurrida el 21 de noviembre de 1957. La noticia de su muerte la conmovió y decidió solicitar información a Pablo Emilio quien, en el mismo sector, había mantenido contacto con el líder izquierdista. Luchador de reconocida honestidad, integridad ideológica e innegable valentía, una vez derrocada la dictadura perezjimenista, Rodríguez profundizó en la lucha social y política librada entonces por los venezolanos.

Nacido en Carora, estado Lara, se formó como maestro (mote que conservó toda la vida entre sus amigos), tuvo activa participación en las luchas estudiantiles de los años sesenta y se hizo conocer en 1970 en las movilizaciones de resistencia contra la intervención militar en la Universidad Central de Venezuela (UCV), por parte del primer gobierno de Rafael Caldera (1969-1974).

Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y Gonzalo Barrios, líderes fundadores del partido Acción Democrática (AD), desde 1958 habían recibido las riendas de ese partido de manos de los dirigentes juveniles y cuadros clandestinos que habían llevado el peso fundamental de la lucha contra la autocracia, entre quienes se encontraba Jorge Rodríguez. Betancourt se hace con la candidatura presidencial y gana la Primera Magistratura e inicia su gran viraje político, arriando las banderas antiimperialistas, antifeudales y de democracia social originales, aliándose con los sectores más retrógrados tanto nacionales como extranjeros y desatando una persecución feroz contra los sectores populares, especialmente las agrupaciones políticas revolucionarias.

En abril de 1960, como un desprendimiento ideológico de Acción Democrática, nace el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), conducido por Domingo Alberto Rangel, Eduardo Ortiz Bucarán, Vladimir Acosta, Nora Castañeda, Rómulo Henríquez, Máximo Canales, María Urbaneja, Manuel Vadell, Nora Uribe, Lino Martínez, Helena Salcedo, Fernando Soto Rojas, Carlos Betancourt, Gilberto Mora Muñoz, Antonio Guevara, Freddy Balzán,

Elías Eljuri, Eligio Damas, Heli Saúl Puchi, Lídice Navas, Etanislao González, Ricaurte Leonett, Guido Ochoa y Alirio Liscano, todos sobrevivientes aún.

Y Antonio Delgado Lozano, Simón Sáez Mérida, Jesús Villavicencio, Américo Chacón, Moisés Moleiro, Aníbal Molina Blanchard, Ramón Manzanilla, Castor Torres, José Manuel "Chema" Saher, Américo Silva, Hugo Daniel Castillo, Olivia Olivo, Trino Barrios, los hermanos Cartagena, Betsabé Rincón, Víctor Tirado, Bartolomé Vielma, Jesús Márquez Finol, Tito González Heredia, Pastor Peña Vadell, José Marcano, Julio César Casique, Lubin Maldonado, Víctor Soto Rojas, José Aquino, Nicolás Beltrán y Jorge Rodríguez, muertos en combate, asesinados o fallecidos.

El MIR, junto al Partido Comunista de Venezuela (PCV), se incorpora prontamente a la lucha armada contra la violencia del gobierno de Betancourt, caracterizado por asesinatos, desaparecidos, torturados, encarcelados, perseguidos y exiliados. Esta fue la tal "democracia betancourista".

En esta década de dura confrontación política y armada, la actividad revolucionaria de Jorge Rodríguez no se detuvo. Por el contrario, se incrementó. En 1970, secundando al "ronco" Moisés Moleiro, a Julio Escalona y otros, se incorpora al proyecto de reconstrucción del casi desaparecido MIR.

En 1973, al lado de Fernando Soto Rojas, David Nieves, Luis Cipriano Rodríguez, Silvio Villegas y numerosos cuadros juveniles, funda la Liga Socialista (LS), después de pasar por la Organización de Revolucionarios (OR), corriente desprendida del restaurado MIR.

En pleno despliegue de su trabajo revolucionario es capturado y asesinado, según pudo conocerse "a batazos", después de sufrir durante varios días horribles suplicios en los sótanos de la Dirección de Servicios de Investigación y Prevención (Disip), nombre recién estrenado entonces por la policía política creada para sustituir a la no menos dantesca Dirección General de Policía (Digepol).

En las cámaras de tortura del edificio "Las Brisas" en Los Chaguaramos, Caracas, en el contexto del primer mandato presidencial del llamado "ministro-policía" Carlos Andrés Pérez (1974-1979), los verdugos de la democracia representativa puntofijista dieron muerte al irreductible luchador revolucionario Jorge Rodríguez.

Valgan tres reflexiones apuradas sobre esta etapa. La primera es para resaltar la presencia intervencionista de Estados Unidos, del Pentágono y de la CIA, en toda la vida venezolana de esa época, sobre todo actuando muy cerca de los mandos de nuestras Fuerzas Armadas y de las policías políticas desde los tiempos de la tenebrosa Seguridad Nacional (SN).

La segunda, vinculada estrechamente con esa primera, es para resaltar la centrífuga fatal, de signo autodestructivo, que invadió a la izquierda venezolana derrotada en los sesenta. Este fue un fenómeno mortal que, de hecho, erosionó la calidad revolucionaria y la eficacia política de esta corriente originalmente principista, ética y transformadora, extraviándola, fracturándola y paralizándola, hasta que apareció el proyecto bolivariano.

Y la tercera, muy importante, es que la abrumadora mayoría de los cuadros y militantes revolucionarios de esos años duros, hoy cerramos filas en el proceso revolucionario liderado por el comandante presidente Hugo Chávez Frías, aunque algunos "dirigentes emblemáticos" de esa izquierda de los sesenta (Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff, Américo Martín, etc.), se hayan pasado definitivamente y en forma vergonzosa a la derecha.

De la misma forma que el pueblo venezolano se cansó de los demócratas de opereta del "puntofijismo", los socialistas revolucionarios verdaderos nos cansamos de ese liderazgo político reformista, oportunista y burocrático, que solo organizó eficazmente grandes derrotas, ocasionando de hecho la pérdida de vidas de incontables camaradas.

V

Rafaelita era la mayor de cuatro hermanos, hijos de don José y doña María Dolores. Los otros hermanos eran, en orden descendente: Simón, José y Margarita. Cuando don José, por esas cosas de la vida, resolvió casarse con Rosarito, establecer una familia formal aparte y tener otros hijos, se mudó y los dejó huérfanos, abandonados y en la más terrible pobreza.

Para entonces, ya doña María Dolores, su mamá, se encontraba en cama, padeciendo horribles sufrimientos. Rafaelita como hija mayor, tuvo que dar la cara y cargar con los hermanos. Cabeza de familia, haciendo de papá y mamá de improviso, era demasiado para ella.

Por otra parte, la mortificaba mucho la situación de la madre. Qué impotencia tan aplastante aquella de la progenitora enferma y ella sin contar con la posibilidad de hacer algo. No había forma. No había médico en el pueblo. El boticario, que se desvivía por curar y lo lograba, ya había hecho todo.

Los varones sobrevivieron por obra de Dios, a troche y moche, como dice la lengua popular "a los trancazos". Margarita, la hermana menor, debilitada, casi muerta por inanición, dormía día y noche en una hamaca mugrienta. A los quince meses parecía recién nacida. Los vecinos decían que se había quedado "pasmada". Obviamente, no podía crecer si no se alimentaba.

Las tías, siempre inclinadas hacia Margarita, se la llevaron a su casa y la criaron. Simón y José fallecieron prematuramente, todavía jóvenes. Margarita, una vez adulta, se perdió en el torbellino de la urbe. Y nadie supo de ella nunca más.

VI

En los días de su agonía, confundida, desesperada, asediada por los fantasmas que secuestran su vida, Rafaelita no podía dormir. Atolondrada, habla sola y delira, como si estuviera discutiendo con los más tercos personajes.

Sonámbula, casi sin haber dormido, cual espectro irredento, se devana los sesos, deambula por la casa, "se come" un nuevo cigarrillo que sus dedos tiznados de nicotina apenas pueden sostener, entra y sale de las habitaciones y observa obsesivamente el lugar donde estuvo la cama de Ezequielito. Es la recurrencia infernal de la tragedia.

En el centro del patio, Rafaelita coloca un cuero seco. Como puede, a duras penas, sacando fuerzas de flaqueza, trae a rastras a su madre doña María Dolores y la acuesta boca arriba, con la barriga al aire. María Dolores, en medio de gritos y lamentos, le dice que vaya nuevamente en busca de limones y agua.

Rafaelita corre a casa de los vecinos y trae los cítricos y el tobo. Prepara "la limonada" de esa tarde y comienza a regarla entre las vísceras y tripas de su madre. Repite la faena varias veces hasta calmarla. María Dolores, quejándose y exhausta, termina por dormirse.

Su vientre es un hervor enloquecido de gusanos.

El barco encantado

I

—Epa, venezolano ¿de dónde sales tú?
—¡De Venezuela!
—Claro, pero ¿de dónde vienes?
—¡Del D.F.!

Así comenzó, en un semáforo de Puerto Vallarta, estado de Jalisco, aquella amistad con Marilú, una encantadora rubia de ojos claros, nacida en Venezuela, promotora turística, casada con un estadounidense bonachón llamado Dean y que llevaba "un poco más de tres años" viviendo en el balneario occidental mexicano.

Marilú sintió un sobresalto cuando reconoció la bandera de Venezuela en el parabrisas del carro. No era habitual la presencia de alguien de la patria de Bolívar en Puerto Vallarta. Y "con chispa venezolana", decidió entrar en contacto de una vez.

Puerto Vallarta es un pequeño paraíso situado en un recodo del Océano Pacífico. Es lo que pudiera llamarse "un lugar para quedarse". Escondido entre montañas, en la Bahía de Banderas, a resguardo de huracanes, el mar es el espejo permanente de la ciudad. O mejor dicho, su eterno enamorado, como si se hablara de parejas.

Fundada en 1851 con la denominación de Las Peñas, en 1918 se le dio el nombre de Puerto Vallarta en homenaje a Ignacio Vallarta, ilustre abogado, exgobernador del estado de Jalisco, excanciller de México y expresidente de la Suprema Corte de Justicia. Agrícola y pesquera en sus inicios, Vallarta saltó a la fama cuando Richard Burton y Ava Gardner, bajo la conducción de John Huston, en 1964, en sus playas y arroyuelos, protagonizaron la película *La noche de la iguana*.

Esta es una cinta dramática en que el reverendo Shannon (Richard Burton), excomulgado por la Iglesia Episcopal, haciendo de guía turístico, sufre de manera feroz los apetitos de la carne, en un clima de miedos y prejuicios religiosos agobiantes. Después de ser seducido locamente por la señorita Goodall (Sue Lyon), termina rendido, sin remedio, ante la sensual Señora Faulk (Ava Gardner).

El sonado filme, basado en una de las famosas obras del dramaturgo norteamericano Tennessee Williams, pone de relieve la diferencia que existe muy comúnmente entre el sueño y la realidad, e intenta claramente, muy a la estadounidense, dejar planteada una idea: "A la vida no hay que enfrentarla ni evadirla, solo hay que vivirla".

No son pocos los encantos de Puerto Vallarta, aparte de la gastronomía que es mexicana pero "a la manera de Jalisco". El largo malecón es una alfombra de concreto en donde sobresale "El Caballito de mar", un hipocampo gigantesco que constituye el símbolo de la ciudad; la Rotonda del Mar, con una serie de siete esculturas, la estatua del licenciado Ignacio Vallarta, y la Catedral de Nuestra Señora de Guadalupe. Ni hablar de la vida nocturna de Puerto Vallarta: en el malecón no hay diferencia entre el día y la noche.

Las cálidas playas alivian "el ratón" ("goma" o "resaca", en otros países). Entre esos lugares, están Playas Gemelas, de arenas blancas; Playa de los Muertos, la más famosa y concurrida, "el corazón de la fiesta", situada frente a los desarrollos hoteleros más importantes; Playa Los Camarones, accesible a pie por estar cerca del centro de la ciudad y Boca de Tomatlán, una bahía inspiradora, ubicada al lado de un pueblo de pescadores.

II

El avión, de acuerdo con las palabras de la azafata, está aterrizando.

Una vez que el avión de Mexicana, un bimotor de tamaño mediano, toca tierra, toma el maletín y se pone de pie para salir de primero.

Ya abierta la puerta de la aeronave y parado en la escalerilla vio abajo, en la explanada, a Marilú y a Dean, quienes, como habían prometido, están esperándolo. Estos buenos amigos, que, como muchos otros, al casarse, decidieron hacer su vida en Puerto Vallarta, se encontraban instalados en una preciosa casa a la orilla del mar y en los días que siguieron se ocuparon de "enamorarlo" de Vallarta.

En la noche, en la sede del Ayuntamiento de Vallarta, con palabras del presidente Municipal Carlos Munguía y ante una amplia legión de invitados especiales, fue presentado el libro *La magia de Puerto Vallarta*, obra escrita por la caraqueña Marilú Suárez-Murias.

Marilú es licenciada en Comunicación Social por la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, Venezuela, y magíster en Turismo por la American University de Washington, en los Estados Unidos. La obra presentada, un gran trabajo editorial, con visos principescos, es un volumen en tamaño medio pliego, papel glasé con amplios y hermosos forros en azul rey y letras e ilustraciones en color ladrillo.

El texto escrito por Marilú, amable y sugerente, está acompañado por bellas ilustraciones de fotógrafos profesionales: el estadounidense domiciliado en Chicago, John Welzenbach; el canadiense radicado en Puerto Vallarta, John Youden y el mexicano, formado en los talleres de la Unam, Gonzalo Ramírez.

El contenido del tomo incita a su lectura: "Una canción a Puerto Vallarta"; "Prólogo"; "Sabían que…"; "La historia"; "Los vallartenses"; "Los lugares"; "Los semblantes y peculiaridades", "Las playas" y "Los atardeceres de Puerto Vallarta". Todo habla emocionadamente de esa ciudad paradisíaca que, como sentada en una inmensa grada montañosa, se solaza, día y noche, con el canto enigmático del mar.

En el lanzamiento público del libro de la venezolana, se encuentran diplomáticos latinoamericanos acreditados en México, entre ellos los embajadores José Luis Dicenta de España, Oscar Arze Quintanilla de Bolivia, Efraín Enríquez Gamón de Paraguay y Luis Fumero Monge de Costa Rica. También, los representantes Mohamed Saleh Buges de Arabia Saudita y Naoki Yokobayashi de Japón.

Así mismo, Ismael González (Manelo) de Cuba, María Doris Villazón de Colombia, Moi de Tohá de Chile, Itza Broce de Panamá, Reinaldo Paredes de Bolivia, Sandra Picado de Costa Rica e Hilda Sisalema de Ecuador, todos integrantes de la Asociación de

Representantes Culturales de América Latina y el Caribe (Arcalc), organización fundada en México, coordinada en turno, durante esos años, por Venezuela.

La actividad en la corporación municipal vallartense culminó con la actuación del "Conjunto Tolvanera", un grupo de música típica venezolana fundado por esos días en tierra azteca por la vocalista caraqueña Deyanira Vivas Requena e integrada por Cristóbal Rodales Jiménez en el arpa, José Luis Merlo en el cuatro y Martín Carrión en las maracas.

Luego del acto protocolar, el presidente municipal Munguía, empresario turístico, invitó a una fiesta en su establecimiento "El barco encantado". Esta nave es, ciertamente, un lugar de fantasía, como surgido de los cuentos de hadas. Se trata de una embarcación en forma de bote gigantesco, construida toda de madera fina, que se encuentra fondeada a poca distancia de la costa, a la que se arriba en lanchas muy pequeñas.

El sitio cuenta con varios ambientes: restaurante íntimo, tasca y pista de baile, mientras en el fondo tañe un piano, que desgrana magistralmente lo mejor de Agustín Lara, Pedro Vargas y Marco Antonio Muñiz, entre otros. Y en el centro de la nao, se encuentra el escenario que, seguidamente, sería el epicentro de todas las emociones.

Primero fue la presentación de *Blancanieves y los siete enanitos*, después *Caperucita roja* y finalmente *La sirenita*, esta última más acorde con el contexto marino de la noche. Fue una celebración de adultos momentáneamente transformados en infantes.

Los hermanos Grimm (alemanes), Charles Perrault (francés) y Hans Christian Andersen (danés), fueron los grandes maestros de la nigromancia durante esa velada. No faltaron las peticiones, por supuesto. Algunos querían *La bella durmiente*, otros *La Cenicienta*, y alguno más *Pulgarcito*, obras clásicas de Perrault. Pero, la ovación fue unánime cuando alguien exigió *El patito feo* de Andersen.

Los venezolanos presentes se miraron las caras e hicieron memoria. La coincidencia era inevitable. La mente se posó en Aquiles Nazoa y su ternura infinita. El caraqueño escribió aquella pieza lírica imborrable llamada *Balada de Hans y Jenny*, un poema en prosa difícil de olvidar. Comienza así: "Verdaderamente nunca había sido tan claro el amor, como cuando Hans Christian Andersen amó a Jenny Lind, el ruiseñor de Suecia".

Toda la capacidad de amar de Aquiles se derramó en esa copa por el sufrido Hans. Aquiles, siempre del lado de los más débiles (como en "Buen día tortuguita" o en "El loco Juan Carabina"), en la distancia, suponemos, quiso rendir homenaje a Andersen, uno de los más grandes escritores daneses de todos los tiempos.

Una cincuentena de hombres y mujeres, aplaudían, reían y algunos más eufóricos, gritaban. Ese fue un encuentro verdaderamente mágico, inolvidable, cargado de sueños y esperanzas, en donde, de hecho, el trago se quedó de lado. Nada podrá apartar de la memoria aquella gala, tan perfectamente instalada en el niño que todos llevamos por dentro. Puerto Vallarta es, actualmente, el segundo destino turístico mexicano.

El Martín Jota

I

Se detuvo en la Plaza Mayor, poblada de mangos, almendros y apamates. Con plantas y flores decorando los jardines, salvo por los cuatro pasillos que en disposición geométrica iban hacia el centro del cuadrante, donde una elevada columna servía de pedestal a la figura egregia de Bolívar. No había cambiado mucho la vieja plaza. En la esquina sur, la recia Catedral se conservaba intacta, alta y blanca de oraciones y con anchos portones de madera labrada. A pocos pasos se levantaba invicta la farmacia "La Torre", como del otro lado "La Moderna", ambos comercios con fachadas restauradas.

Y más allá, aparecían algunas agencias bancarias, como vecinas recién llegadas, repletas de personas. Los vendedores, componentes invariables del paisaje, apostados en algún lugar o en movimiento, completaban la escena.

Antes se había dado varias vueltas por los predios de la Facultad de Derecho, frente a la Plaza Sucre, donde realizó los primeros estudios de Leyes. En ese edificio blanquecino, podían imaginarse todavía las perforaciones de bala, producidas en tiempos en que el régimen

betancourista arremetió a sangre y fuego contra los recintos académicos que resistían su política pro yanki y represiva.

Allí, sobre el duro pavimento de la Plaza Sucre, creyó ver, por una vez más, a Tito González Heredia, a Oswaldo Fuentes "el Gato", a José Bustamante "Pildorín" y a otros compañeros de ese tiempo, cuando, pistola en mano, respondían con valentía a la lluvia de balas de las furiosas armas policiales.

El Teatro Imperio, como una esfinge amarillenta, en actitud vigilante, se mostraba aún en el lado norte de la Plaza Bolívar. Seguía en su sitio, impertérrito, silencioso, más enigmático que nunca, aunque su uso había cambiado y ya no exhibía la lozanía de aquellos años. Punto de cita con las novias o amigas, guardaba entre sus muros la complicidad de los secretos juveniles.

En este instante vinieron a su mente otras imágenes tenaces: el coso "Arenas de Valencia"; el "Palacio de los Iturriza"; el liceo "Pedro Gual"; la Plaza Candelaria; la Plaza 5 de Julio; "San Blas"; "La Michelena"; "Santa Rosa"; "El Palotal"; y el estadio de béisbol "José Bernardo Pérez", lugares que visitaba con frecuencia.

Siguió por la avenida Urdaneta, llegó a la calle Independencia y en esta esquina se contuvo. Miró a lo lejos, hasta más allá de la calle Cedeño, como queriendo tomar la calzada por la punta. La hilera de casas, en aquella época, todavía no había sufrido alteraciones. Se mantenían intactas, con el techo de tejas y la fachada prolongada a lo largo de cien metros, como si la hubieran trazado con rasero. Las columnas sobresalían, destacándose sobre las paredes, ornadas con puertas y ventanas de abolengo, elegantes en sus estructuras verticales y en el latido omnipresente de los recuerdos idos.

Y en la mitad exacta del trayecto se ubicaba el liceo, su liceo, claustro de sueños, de pasiones adolescentes y de luchas germinales. Con el director Gonzalo Jiménez Marrón en su escritorio, todo bondad, comprensión y tolerancia, haciendo el papel que mejor le calzaba, el de Quijote, lección que impartía, en forma cotidiana, en las clases de Literatura.

Cómo no recordar a René Falcón ("Monsieur Vincent"), "alto pana" que impartía las clases de francés y que, en confianza, nos enseñaba a los varones las frases apropiadas para enamorar a las muchachas. Saltan a la memoria de inmediato las figuras entrañables de la dulce Ofelia

Díaz, de Diógenes Ojeda, Margarita Castro, y de los profesores Yépez, Nieves y Arteaga, entre muchos.

Imposible olvidar al *Teacher* Signarella (mejor conocido como "Serruchini"), una especie de verdugo que dictaba Matemáticas y era el personaje central de muchas anécdotas lloronas. Se contaba, por ejemplo, que "Serruchini", a quienes algunos conseguían parecido a Frankestein, fue el culpable que, una vez aprobado el examen final, un grupo de eufóricos alumnos, encabezados por el graduando Gustavo González, lanzaran, como en último adiós, sus Tablas de Logaritmos a las turbias aguas del Cabriales.

Y la revista *Amanecer*, en el despertar de las conciencias. Y el bullicio rondando en los pasillos, especialmente en el cafetín, donde los pastelitos aguardaban. Después de tanto andar la vida viene la evocación. Qué inmenso arco iris de amor era nuestro Martín Jota.

II

La cara de la casona estudiantil todavía permanecía límpida e inmaculada. Como si se hubieran ocupado celosamente de que se mantuviera refulgente. Conservaba la estampa de centro de las luces. Sin embargo, no cabía llamarse a engaño. No toda la ciudad estaba así.

A un poco más de ochocientos metros hacia el este, caminando directamente a la plazoleta Francisco de Miranda, un largo y ancho muro captaba la atención del transeúnte y lo obligaba a detenerse y a leer.

La inmensa barda era, en primer lugar, una gran pantalla en donde podían anteverse los tiempos por venir en aquella región central de Venezuela. Era un anticipo gratuito del futuro. Por otra parte, dicho sin propósito metafórico, era "un paredón de fusilamiento", porque allí, usando marcadores de grafito, literalmente, "se fusilaba" a mucha gente, en su mayoría figuras del mundo político de entonces. Y en tercer lugar, porque la grafía era una alta manifestación de ingenio popular que empujaba a la risa en medio del asombro.

Era propiamente, un mural público para manifestarse.

Sobre un color blanco original que ya no era tal, con mucho esfuerzo, podía leerse un letrero que, escrito a grandes rasgos, decía algo así: "Vota por Manuel Vadell que es la decencia. No votes por Salas Romer

que es la indecencia". Sin duda, esta consigna correspondía a una contienda eleccionaria más antigua.

Sobre ese trazo primero, se encontraban otros lemas más destacados, más recientes. Entre estos enunciados aparecían los siguientes: "El 23N dales palo pollero, Vota Sol"; "Vamos con todo: Mario Silva y Edgar Parra, Psuv"; "Anótate con el que te hizo casa, Vota por Acosta Carles"; "Gustavo Urriola Gobernador"; "Julio Castillo Alcalde".

Pero, la fogosa confrontación político-electoral no se quedaba aquí. En letras más pequeñas, variopintas y ocupando las esquinas y resquicios del abigarrado mural, sobresalían otras frases no tan promocionales y mucho menos amables. Entre otras, "Makled y Acosta son narcos"; "El pollo es marico"; y "El 23N rasúrate el culo con La Hojilla".

III

En otro momento, Raúl Villarroel, profesor margariteño conversador y chistoso, se dispone a iniciar la clase de Historia de Venezuela, en el aula que está del lado de la calle. Dueño de una pedagogía muy graciosa, Villarroel comienza a contar la conversación que sostenía en ese instante, en Roma, el maestro Simón Rodríguez con el alumno Simón Bolívar.

Según Villarroel, Rodríguez decía algo así a Bolívar: "Usted anda por ahí entre faldas, echándose palos, jugando bolas, dominó y metido en peleas de gallos, gastándose los churupos de la familia; mejor sería que dedicara su mucha inteligencia y su talento a la lucha por la Independencia de Venezuela".

Villarroel no pudo seguir contando, porque cuando el maestro Rodríguez y el alumno Bolívar se levantaban de las sillas y se disponían a salir con rumbo al Monte Sacro, retumbó en el salón una voz estridente que venía de la calle:

"¡Es…coba! ¡Es…coba! ¡Es…coba!".

El vendedor de escobas siguió con su pregón por la avenida Urdaneta; pero, el curso, incluido Villarroel, estalló en carcajadas.

Cuando se asomaron a la puerta, el vendedor ambulante había desaparecido.

Pichirilo

I

"Pichirilo" (Ignacio de Jesús Goitía), batió su segundo *hit* esa mañana. Era un recio toletero, pese a su limitación física. Se estacionó en la primera base y puso toda su atención en las señas del *manager* Alberto Alcalá Barreto, que, como de costumbre, se encontraba dirigiendo desde la grama exterior.

Ignacio estaba en una buena racha en esos días. Tenía específicamente dos semanas bateando incongibles. Y en el juego de hoy tampoco había confrontado dificultades para descifrar los lanzamientos de "El Canguro" (Andrés Aguilar Pérez), *pitcher* adversario, que con su estatura descomunal pretendía imponerles respeto desde la lomita.

Goitía mostraba excelentes condiciones físicas y mentales para el béisbol. Buena vista para batear y fildear. Buenos reflejos para chocar la bola o ir tras ella en los jardines. Muy buena velocidad para correr las almohadillas, lo que hacía de él un "robabases natural". Y sobre todo, el aire festivo que siempre mostraba, el cual se convertía en entusiasmo en trances difíciles, hasta facilitar la victoria.

Para batear, doblaba el antebrazo, se colocaba el bate adecuadamente y golpeaba la esférica con dureza, razón por la que sus imparables

eran verdaderos cañonazos. Esto resultaba más digno de admiración porque se trataba de una persona de mediana estatura y de contextura física más bien delgada.

Su desempeño a la defensiva no era menos impecable. Era un magnífico jardinero. No poco juegos había salvado persiguiendo los batazos en lo profundo, soltando el guante rápidamente y lanzando con esa misma mano la pelota al cuadro, jugada que casi siempre paralizaba a los corredores del conjunto opuesto.

En el equipo "Fabricio Ojeda" de "Pichirilo" cerraban filas otros revolucionarios sometidos a juicio militar bajo acusación de rebelión. Entre ellos, el ya mencionado Alberto Alcalá Barreto, Alirio Liscano, Pedro Reyes Millán, Alfredo Marín Ravelo, Nelson Pérez, Francisco Sosa, Pedro Chirinos, José Santana, Freddy Rojo y los entrenadores Sabás Zavala, Nicolás Jiménez y Napoleón Bermúdez.

En la novena contendora "Manuel Ponte Rodríguez", estaban el nombrado Andrés Aguilar Pérez y Omar Fuenmayor, Néstor Ríos, Rafael Gallardo, Adolfo Salas, Héctor de Lima, José David Guarecuco, Cirilo Martínez, Bernardo Duno y Luis Briceño Leoni, pariente del presidente Raúl Leoni, al tiempo que fungían como entrenadores Luis Hurtado, Carlos Parra y Carlos Eloy Rodríguez.

II

Esa tarde, a finales del año 1964, la gran masa de presos políticos recluidos en la Cárcel Pública de Sabaneta en la ciudad de Maracaibo, iba a rendir homenaje a Ignacio de Jesús Goitía ("Pichirilo"). El acto tendría lugar en el Salón Central, con la presencia de familiares y amigos, pues era domingo, día de visita.

Los motivos eran muchos, en primer lugar la probada calidad revolucionaria de Goitía. Alirio Liscano, profesor de Materialismo Histórico de los detenidos, ha sido designado moderador de la ceremonia y anuncia las palabras de Alcides Hurtado, coordinador del Comité Político de los reclusos.

Alcides, primeramente, hizo una relación de los hechos demostrativos de la firmeza inquebrantable de "Pichirilo". Fue gravemente herido en una acción guerrillera a comienzos de 1963. Una explosión le cercenó la mitad del brazo derecho y cayó preso; fue trasladado al Hospital de Cumarebo en el estado Falcón y luego, una vez restablecido,

recluido en el Campo Antiguerrillero de Cabure, al pie de la Sierra de San Luis, en esa misma entidad.

Allí, Goitía fue sometido a varios "fusilamientos", una práctica que junto con las "desapariciones", comenzó en Venezuela con la represión del gobierno de Rómulo Betancourt contra las fuerzas revolucionarias opositoras.

La Dirección General de Policía (Digepol), gendarmería política betancourista, encabezada nacionalmente por J. J. Patiño González, en todas estas hazañas "democráticas" en Falcón, estuvo al mando del "Capitán Vegas" (Carlos José Vegas Delgado) y de Atahualpa Montes, Erasto Fernández y Mario Segundo Leal, como agentes de la CIA y criminales de abominable recordación en los anales de la violencia política en Venezuela.

Los entrenamientos para llevar a cabo estas "sesiones especiales" de tortura, eran impartidos en las altas escuelas del Imperio, en los propios Estados Unidos, por esos días enfrascados en la desastrosa Guerra de Vietnam.

El "fusilamiento y la "desaparición", procedimientos violatorios del más elemental Estado de Derecho, aplicados en Venezuela antes que en el Cono Sur del Continente, consistía en llevar al prisionero a medianoche a un lugar solitario y solicitarle información privilegiada frente a un pelotón de fusilamiento armado con fusiles y ametralladoras. "Habla ya o reza, porque te llegó la hora hijo de p…". "Ponte de espalda c… de madre…". "Apunten y al contar hasta cinco disparen". Estas eran las frases que se dirigían, con propósitos amedrentadores, contra el infortunado cautivo.

Goitía, semidesnudo, con el torso sangrante, los ojos vendados y las manos esposadas hacia atrás, escuchó varias veces la cuenta de cinco. Y no se quebró. No dio información a sus captores. Ignacio, sin duda, era un revolucionario verdadero.

Un silencio viril había seguido palabra tras palabra la disertación de Alcides. Algunas mujeres y niños lloraban. Pero también lloraban algunos de aquellos luchadores curtidos, que, de hecho, se habían graduado de hombres en la lucha armada por ideales superiores de redención social y por el Socialismo para la Humanidad. Posiblemente todos, en ese momento, veían en "Pichirilo", los padecimientos sufridos por ellos mismos en las innumerables cámaras de tortura.

Alcides, emocionado, tuvo que detenerse un instante para poder continuar.

Entonces, comenzó el planteamiento propiamente político de su discurso. Los grupos dominantes venezolanos asociados con el imperialismo norteamericano no se detendrían en principios éticos ni siquiera legales en su afán de mantener la hegemonía sobre el pueblo venezolano, sus riquezas naturales y su régimen autoritario.

La vocación de esas élites económicas, sociales y políticas, como la del sistema todo, es explotar la fuerza de trabajo, engañar a través de esa democracia falsa y perseguir ferozmente todas las formas de resistencia. No cejarán en su propósito. La represión, en su opinión, será mayor en el futuro. "Todavía nos falta mucho por ver, de parte de este fascismo entronizado en Venezuela con máscara de democracia", señaló.

Desgraciadamente, Alcides tenía razón. Los venezolanos verían luego el baño de sangre de 1964, en la fatídica etapa de transición entre Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Nadie podía imaginar en aquel momento las futuras masacres de Yumare, El Amparo, Cantaura y "El Caracazo".

Faltaba ver esta carnicería denominada "El Caracazo" en 1989. Faltaba ver la Venezuela "humeante de petróleo y husmeante de pan", según las atinadas palabras del poeta Jorge Zalamea. Faltaba ver la Venezuela anegada de dinero y con la economía "quebrada" por las pandillas que, al tiempo que saqueaban al país, condenaban a las masas populares a una hambruna generalizada, fenómeno sin precedentes en nuestra historia. Cómo faltaba ver atrocidades, en esa Venezuela de la partidocracia corrupta.

Y también dijo Alcides en esa arenga memorable: "Vamos a continuar en pie de lucha. Necesitamos convertirnos todos en 'Pichirilos' para proseguir, debemos perseverar en la lucha emprendida. Nosotros, comprometidos como estamos con una sociedad mejor, estamos en el deber de mantenernos en el combate, ser tenaces e irreductibles. Nuestras batallas de hoy, aunque resulten dolorosas, acercan el amanecer de un nuevo día".

"Camaradas –dijo–, el futuro pertenece a los pueblos, las luchas sociales y políticas son acumulativas, las de hoy abonan el camino de las de mañana. El Socialismo para la Humanidad es la luz al final del

túnel, es el futuro para las grandes masas. Nuestros mártires actuales riegan el camino de la aurora definitiva. Amanecerá y veremos. Seamos capaces de mantenernos siempre en el combate".

¡La línea justa es Luchar hasta Vencer!

III

"Pichirilo", al final, en las palabras de agradecimiento, reiteró su "compromiso de vida" con la lucha revolucionaria. Abundó, por otra parte, en algunos detalles humanos de la vida carcelaria. En este ejercicio recordatorio, no olvidó mencionar las "noches de parranda" tras las rejas, en que las bebidas consumidas eran café o fororo, invariablemente acompañados de cigarrillos.

No omitió lo bien que Andrés Aguilar Pérez recitaba la *Balada de Hans y Jenny* de Aquiles Nazoa. O el singular disfrute que representaba escuchar a Carlos Eloy Rodríguez guitarreando y cantando la canción *A la orilla de un palmar*, popularizada décadas antes por los tenores Genaro Salinas y Alfredo Kraus. Ni se le escaparon los chistes, que aparte de los estudios, constituían un mecanismo cotidiano de relax de los reclusos.

No obstante, la nota especial fue que Goitía anunció a la audiencia, que había tomado la decisión de casarse con su novia, una activa compañera del Comité de Solidaridad con los Procesados Militares.

Cuando la actividad estaba por concluir, el poeta Héctor Gil Linares pidió la palabra, hizo algunas reflexiones sobre la necesidad de "crear, dar paso al hombre nuevo, ese revolucionario capaz de portar los valores de honestidad, solidaridad y justicia, indispensables para construir la nueva sociedad", y para concluir solicitó permiso pues, según dijo, quería entregarle a Ignacio un pequeño regalo en nombre de todos los detenidos.

De inmediato, en medio de la sorpresa colectiva, Héctor puso en manos de "Pichirilo" una bola de hilo absolutamente blanca sobre la cual se encontraba colocada una minúscula tira de terciopelo rojo.

Entonces sí, la carcajada fue general.

El arpa viajera

I

Todo está listo en el aeropuerto internacional Silvio Pettirossi, en la población de Luque, a diez kilómetros de Asunción, capital del Paraguay, para recibir al arpista venezolano Juan Vicente Torrealba. Ha sido febril la movilización de los últimos días para recibir con afecto a quien, por esa época, era considerado por los músicos paraguayos, el más grande maestro del arpa internacional.

Al asomar en la puerta del avión y pararse en el extremo de la escalerilla, noventa (90) arpas paraguayas inician *Concierto en la llanura*, la pieza torrealbera que ha llegado más lejos, hasta darle la vuelta al mundo en forma resonante. Juan Vicente, con la inseparable Mirtha a su lado, no puede contener la emoción, sus ojos se humedecen y suelta una lágrima. "Ese ha sido el momento más emocionante en mi vida de arpista", dijo años después en círculo de amigos.

Sin embargo, no era extraño lo ocurrido. Torrealba, era ya entonces un reconocido concertista venezolano de arpa, "un embajador del arte venezolano al igual que el guitarrista Alirio Díaz", que había ofrecido veladas en varios continentes, lo que incluía capitales como Moscú, Beijing, Nueva Delhi, Roma, París, Londres, Madrid y Nueva

York, aparte de Ciudad de México, Río de Janeiro, Buenos Aires, Santiago y Lima.

Desde Banco Largo donde se crio, muy cerca de Camaguán en el estado Guárico, Torrealba, que había nacido en Caracas, dio la vuelta al mundo, representando el gentilicio venezolano con los más altos honores.

Ahora estaba siendo Asunción, capital de Paraguay, país que, en este continente latinoamericano, comparte con México y Venezuela, el sitial histórico de haber cultivado con preferencia el arpa como instrumento musical. Precisamente, fue en México y en Paraguay, punteando *Concierto en la llanura*, donde Torrealba recibió la titularidad de dos licenciaturas universitarias en arpa.

Interpretando para Juan Vicente su *Concierto en la llanura* están congregados en ese momento, en el aeropuerto paraguayo, entre esos noventa "instrumentos de muchas cuerdas", los mejores arpistas guaraníes del momento, entre ellos Rito Pedersen, Celso Duarte, Luis Bordón, Mariano González, Heriberto Leguizamón, Francisco Jiménez, Mercedes Espínola, César Cataldo, Lito Delgado, Carmen Acosta, Papi Galán, Víctor Simón y Clelia Carolina Sanabria, entre otros. La élite del arpa paraguaya se había dado cita para recibir con especial deferencia al venezolano Juan Vicente.

Agreguemos un dato importante. Rito Pedersen, de abuelo dinamarqués, es actualmente el más importante arpista paraguayo en escala mundial. Considerado el sucesor de Juan Vicente Torrealba, también ha dado la vuelta al mundo tocando el arpa de su país.

Pedersen, criado y formado como músico en Villa Florida, departamento de Misiones, la tierra guaraní bendecida por el río Paraná, donde los jesuitas dejaron su impronta evangélica, por su dilatada trayectoria se ha convertido en una especie de ícono cultural de Paraguay, reconocido y aplaudido en los más apartados escenarios del planeta.

No son pocos quienes recuerdan que Rito, hombre increíblemente humilde y sencillo, autor de piezas como "Albita mía", "Incógnita" y "El pibito", admirador y seguidor fervoroso de Juan Vicente Torrealba, declaró alguna vez para la prensa: "Yo no nací para hablar, mi lenguaje es el arpa".

Venezuela, por su parte, en el año 2007, con el patrocinio del Ministerio de Cultura liderado por el arquitecto Francisco "Farruco"

Sesto Novás y de la Fundación Luis Alfonso Larráin, hizo un homenaje a Juan Vicente en el Teatro Teresa Carreño de Caracas, con ocasión de sus noventa años de existencia.

El reconocimiento de Venezuela fue unánime. Torrealba, con más de medio centenar de condecoraciones mundiales, fue sin duda, en el curso del siglo xx, uno de los venezolanos que más elevó a Venezuela en los escenarios mundiales.

II

El caraqueño Juan Vicente Torrealba vino a la vida por los alrededores del Nuevo Circo en 1917. Siendo un niño, sus padres se fueron al hato Banco Largo en el estado Guárico. Allí creció entre trabajadores y peones de la finca, que tocaban diversos tipos de instrumentos musicales, especialmente el arpa.

En los comienzos tocó guitarra y cuatro, actividad que compartía con las rutinas de becerrero en el fundo. Luego, bajo la conducción del "Indio" Ignacio Figueredo, se inició en el aprendizaje del arpa, instrumento que sería su vida.

En 1947, después de búsquedas musicales con ritmos de Colombia y de algunas islas del Caribe, funda el grupo "Los Torrealberos", con su hermano Arturo Torrealba y su hijo Santana Torrealba, nombre homónimo del que había llevado su desaparecido padre.

Al poco tiempo, en 1948, compuso *Concierto en la llanura*, la pieza que más satisfacciones le dejó en su carrera porque se ha convertido en un verdadero concierto y ha sido musicalizada, con su participación directa o no, por decenas de orquestas y grupos internacionales.

Juan Vicente Torrealba creó el género denominado la tonada, con *La Paraulata*. Este compás venezolano, distinto del joropo y del pasaje torrealbero, fue popularizado después, en forma masiva, por el entrañable venezolano Simón Díaz ("el tío Simón").

No es exagerado afirmar que Simón Díaz, Juan Vicente Torrealba y el "Indio" Ignacio Figueredo, integran la tríada cimera de la música de arpa en Venezuela. Al lado de muchos otros, tanto nacional como internacionalmente, han colocado la música criolla en los estadios más altos, es decir, han enaltecido como nadie la cultura nacional.

Torrealba se convirtió prontamente en un referente clave de la música venezolana. De su sensibilidad brotaron más de trescientas

composiciones, entre ellas: *Campesina, Solo con las estrellas, Por el camino real, Muchacha de ojazos negros, La potra zaina, Rosa Angelina, Muchachita sabanera, Madrugada llanera, Estero de Camaguán, Romance del caney, Aguacerito llanero, Junto al jagüey, Sabaneando, Barquisimeto y Valencia*.

Poetas como Germán Fleitas Beroes y Ernesto Luis Rodríguez, impactados por sus melodías, le ofrecieron varias de sus creaciones literarias para que las musicalizara y las hiciera conocidas. Y emergieron también con él intérpretes muy queridos de la música venezolana, entre otros, Marisela, Ángel Custodio Loyola, Mario Suárez, Rafael Montaño, Magdalena Sánchez, Héctor Cabrera y Natalia.

Torrealba, con palabras de Antonio Machado, hizo camino al andar.

III

En el III Festival de la Cultura Xalapa 94, en México, tiene lugar un acto de mucha significación: el presidente municipal constitucional, licenciado Armando Méndez de la Luz, conjuntamente con los regidores (concejales) que integran la corporación edilicia y todo el personal que labora en ella, han decidido que el encuentro cultural internacional tenga como invitado especial y figura central, al arpista Juan Vicente Torrealba.

Se está celebrando el acto de fundación del Parque "Juan Vicente Torrealba", un lugar exuberante poblado de árboles añosos, plantas perfumadas y flores coloridas, ubicado en el centro de Xalapa, llamada la "Atenas Veracruzana", por su larga tradición intelectual, artística y cultural, en México.

El presidente municipal, Méndez de la Luz, ha ofrecido el acto declarando que ha sido admirador y cultivador de la música de Juan Vicente Torrealba durante toda su vida. Por su parte, Alirio Liscano, agregado cultural de la Embajada de Venezuela en México, ha pronunciado el Discurso de Orden, resaltando, por un lado, la trayectoria musical y artística de Torrealba; y por el otro, su calidad humana poco común.

Ya ha sido develada la tarja que "bautiza" el parque con el nombre de Juan Vicente Torrealba. Un conjunto veracruzano de arpa, cuatro y maracas comienza a tocar *Desilusión*, otra composición famosa de Juan

Vicente. La ceremonia ha terminado con todo éxito. Todo está listo. Se va a cerrar el acto.

Cuando el presidente municipal Méndez de la Luz, con la venia de los integrantes del presidium, entre ellos el gobernador constitucional de Veracruz Patricio Chirinos Calero y el agregado cultural de Paraguay José Méndez Vall, se dispone a cerrar la actividad, un hombre rubio, delgado y de mediana estatura se acerca al estrado, solicita permiso, estrecha la mano del maestro Juan Vicente, la besa y le pide la bendición. Juan Vicente le responde con un "Dios lo bendiga".

Entonces Torrealba se voltea y le dice al presidente Méndez de la Luz:

"¡Este es Rito Pedersen!".

Colibrí en México

I

En agosto de 1996, el grupo venezolano de títeres y marionetas "Colibrí" visitó México, para participar en el XI Festival Internacional de Tlaxcala (la sede fundadora original fue la población de Huamantla), el cual ya estaba posicionado como un importante evento teatral para niños, en América Latina y el Caribe.

El colectivo popular, con los profesores Humberto Rivas y Betty Osorio a la cabeza, e integrado por Fabricio y Manuela Rivas y Santiago y Juan Carlos Garrido, se fundó en Mérida (Venezuela) en 1988, bajo la influencia del argentino Javier Villafañe, del ecuatoriano Leonardo Costa y de los venezolanos Antonio Castro y Alí Contreras, a quienes se agregaron Freddy Torres ("Teatro de Mérida"), Carlos Danez, Bettina Uzcátegui, Paulino Durán y Adolfo Espinoza, entre otros.

"Colibrí" nació al calor de las luchas de los años ochenta, eran momentos de implantación de las políticas globalizadoras de corte neoliberal en la región, lo que generó en Venezuela diversas respuestas de resistencia, tanto políticas como socioculturales y en el caso de Mérida

produjo una "gran ebullición creativa", tanto dentro como fuera de la institución universitaria ulandina.

Estas actividades de rebeldía juvenil apoyadas originariamente por el rector Pedro Rincón Gutiérrez, Edmundo Aray y Tarik Souki, entre otros, contaron con el rechazo de otras autoridades institucionales de años posteriores como fueron José Mendoza Angulo, Alberto Arvelo Ramos y Mauricio Navia.

Los colectivos disidentes levantaban las banderas de la identidad cultural, del derecho a la diversidad y del rescate y preservación de las culturas de las comunidades urbanas y rurales, consignas que había levantado con fuerza el Congreso de Cabimas (estado Zulia), un encuentro clave como "detonante" de las movilizaciones, foros y conversatorios que se celebraron en ese tiempo.

Los Círculos de Estudios "Simón Bolívar", agrupaciones populares frecuentemente organizadas de manera espontánea, esparcidos en la ciudad, fueron el punto de partida en las barriadas merideñas, en donde se congregaban hombres, mujeres y jóvenes de las comunidades organizadas al lado de profesores y estudiantes de la Universidad, intentando, con base en la cultura, idear los caminos para avanzar en el proyecto de salirle al paso a las políticas gubernamentales plegadas a las recetas privatizadoras fondomonetaristas.

Se recuerda, por ejemplo, el nacimiento del grupo de marionetas y títeres del barrio Pueblo Nuevo en el centro de Mérida, fundado por iniciativa de ese titiritero incansable que sigue siendo José Morales, mejor conocido como "Cheo".

La actividad de estos grupos se enriqueció significativamente con la presencia de visitantes que, entre ponentes y participantes, alimentaban la discusión y el debate. Y la onda expansiva se extendió a algunos liceos y escuelas primarias, incluso a sus docentes. Las figuras ejemplares de César Rengifo, Carlos Contramaestre, Domingo Miliani, Carlos César Rodríguez y Lubio Cardozo, daban brillo a la lucha. Y el teatro se fue a la calle.

Nació entonces la Escuela de Títeres de la ULA conducida por el incansable Javier Villafañe, comenzó a organizarse el Movimiento de los Cuentacuentos entre jóvenes y niños y la labor de tallistas y otros trabajadores de la madera en la preparación de figuras y juguetes que sirvieran de apoyo a la actividad cultural y política que estaba en marcha.

En los avatares de estas movilizaciones, ante obstáculos diversos, los grupos culturales "toman" la Casa de Teatro "César Rengifo" y exigen traer a Mérida al teatrero de calle Rómulo Rivas, quien a la sazón, estaba trabajando en República Dominicana. El discurso de los grupos renovadores, objetivamente, ya había avanzado; del principio de la autonomía personal del "sé tu mismo" al de "la cultura con sentido integral".

De la exclusión a que habían sido sometidos los teatreros y titiriteros (Villafañe andaba entonces por España haciendo "La Ruta de La Mancha"), dio testimonio un hecho inequívoco: se les había "confinado" a una casa del barrio Aguas Calientes, en la periferia de Ejido, municipio Campo Elías.

El rector Rincón Gutiérrez, secundado por Aray y Souki, los trae nuevamente a Mérida, ubicándolos en una casa situada en la avenida 4 con calle 34, actual esquina del Edificio Gonsa, a escasos cien metros de la avenida Tulio Febres Cordero y de la antigua Facultad de Ingeniería. En esta instalación, los titiriteros merideños colocaron por primera vez, en forma pública, el después famoso "Pesebre Andino" que tendría, con el correr del tiempo, una gran resonancia nacional.

En los tiempos en que, "La *Thacher*, Luis Herrera y Mendoza Angulo, nos tienen a todos locos" (así calificaba la gente de la calle a la situación que imperaba en la ciudad entonces), so pretexto del "Viernes Negro", el rector Mendoza Angulo sacó a los titiriteros de esta casa y los dejó a la intemperie.

Los titiriteros en respuesta hicieron una marcha y "tomaron" entonces el comedor de la Residencia Estudiantil Masculina de Campo de Oro y reinstalaron el "Pesebre Andino", que ya había avanzado en la sensibilización de la población.

A todas estas, los titiriteros merideños se habían hecho conocidos en buena parte de América Latina y el Caribe. La gira por Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina, los relacionó continentalmente, abriéndoles un abanico de intercambios insospechados. Luego visitaron Trinidad, Cuba y México.

Por otra parte, ya habían rodado tres películas: *Cuentos infantiles* (Armando Arce, 1979); *Pesebre andino* (Leopoldo Ponte, 1987) y *Érase una vez* (Hermanos Siso, 1992). Y habían editado dos libros: *Érase una vez* (homónimo de la película mencionada, en 1992) y *Procesos cognoscitivos a través del arte*, en 1995. La suya era, a esas alturas, una obra inmensa.

II

"Colibrí" se quedó en México por un mes. El Festival de Títeres de Tlaxcala tenía carácter itinerante, por lo cual se presentaron también en varias capitales del entorno azteca: Querétaro, Puebla, Guanajuato y Cuernavaca, aparte de la propia capital Ciudad de México.

En Huamantla, población del estado de Tlaxcala sede original del festival, se había residenciado el maestro chileno Alejandro Jara, quien, conociendo como ya conocía a la gente de "Colibrí", motorizó la invitación de los venezolanos.

"Colibrí", ya lo dijimos, había sido fundado a finales de los años ochenta por los profesores Humberto Rivas y Betty Osorio y contaba con una sede propia en Mérida donde disponía de la Sala Estable "Camilo Ruiz", del Centro de Formación Cultural, del Museo de Parrandas y Marionetas y del Taller de Juguetes.

"Colibrí" había logrado en su actividad un abanico amplio de contactos con grupos afines del continente, lo que incluía instituciones, organismos culturales e individualidades, teniendo como uno de sus epicentros a la Universidad de los Andes de Mérida, Venezuela y particularmente a la Escuela de Educación de la misma.

Esta fue, concretamente, la forma como establecieron contacto con el maestro Leonardo Costa, émulo errante del español Lope de Rueda, quien fundó el Teatro Ambulante de Centroamérica, agrupación protagonista en los años en que esa región estuvo sacudida por la guerra, un período cruento, de difíciles luchas de liberación en Nicaragua, El Salvador, Guatemala y con menor grado, en Costa Rica.

En Ciudad de México, especialmente en la sede del Instituto Mexicano de los Seguros Sociales (IMSS), "Colibrí" desplegó buena parte de su histórico repertorio, mostrando bastante bien lo aprendido en el mundo del arte para jóvenes y niños. En el IMSS, como en el Museo de las Culturas Populares "Raúl Anguiano" de la Parroquia "Coyoacán", como en el Parque Central de esa misma Parroquia, con el patrocinio de la Embajada de Venezuela en México, "Colibrí" ofreció lo mejor de su trayectoria, ante un público impactado.

Venezuela, representada ese día por "Colibrí", fue sol de mediodía ante adultos y niños mexicanos visiblemente emocionados. En sus presentaciones en tierras aztecas, "Colibrí" hizo títeres de guante, títeres de varilla, teatro de mimos, sombras chinescas, marionetas, *muppets*,

payasos, máscaras y pantomimas, entre las diversas técnicas que aplicó. Y brindó las obras *Juancito y María* con la que comenzó décadas antes, cuando arrancaban con su trabajo; *Erase una vez; Jicacuy; Entre perros; Pícaros y picardías; Mucuñuque; Perico El Tonto; El loro cantor; Pedro Rimales y la muerte, El chisme: vida, pasión y muerte y El pequeño circo más grande del mundo.*

"Colibrí" no hizo en México "el arte por el arte". Fue como siempre a divertir, pero, al mismo tiempo, a resaltar nuestra singularidad de pueblos comunes aunque no idénticos, a proclamar los derechos de los menores, nuestros hijos y nietos, a sus espacios propios, a combatir la delincuencia, la criminalidad y la droga y a reforzar las gestiones por la creación de redes culturales efectivas entre los pueblos latino-caribeños.

En 1996, "Colibrí", puso muy en alto el gentilicio venezolano en México.

La casita blanca

I

Sorpresivo. Alevoso. Criminal. Estos fueron los adjetivos que usaron los testigos para definir el hecho, ante los agentes policiales enviados por la Delegación. Las palabras eran exactas. La mujer de mediana estatura, de pelo largo y traje rojo, aparentemente ebria, se abalanzó sobre el hombre sentado en el piano y lo agredió, produciéndole una herida punzo-penetrante, desde arriba hasta abajo, en la parte izquierda de la cara, que le llegó hasta el cuello, afectándole las cuerdas vocales.

Solo por casualidad, la afilada navaja no alcanzó a tocar la arteria carótida, lo que hubiera significado la muerte inmediata de aquella persona. En medio del revuelo, el pianista sangrante fue trasladado rápidamente a un hospital cercano donde, por suerte, recibió auxilio de inmediato.

Las pesquisas de las autoridades pusieron en evidencia que fue un atentado pasional, perpetrado por la mujer en medio de una crisis de celos, por la amistad que el músico había entablado con otra cabaretera del Club Nocturno "Tu y Yo".

La cicatriz que le dejó esa herida no le impidió la fama a Agustín Lara.

Así comenzó su vida artística. En los inicios, se ganaba la vida animando con el piano algunos burdeles de la capital mexicana. Por ahí, desde abajo, tuvo que empezar. Ya se había iniciado como compositor pero aún no había llegado su hora.

El primer campanazo de la suerte sonó en 1932 cuando creó Oración Caribe, su primera composición exitosa. Luego vendrían otras, entre ellas, *Imposible; Aventurera; Pecadora; Palabras de mujer; Rocío; Amor de mis amores; Farolito; Solamente una vez; Sabor a mí; Amorcito corazón; Mujer; Alma, corazón y vida; Silverio; Noche de Ronda y María Bonita*.

Algunas canciones estaban notablemente marcadas por los ambientes de los prostíbulos y "las casas de cita", otras por sus enamoramientos fugaces y las últimas por su musa mayor, doña María Félix. Y su estrella siguió en ascenso.

La música de Agustín Lara ha sido cantada por incontables vocalistas, de generaciones distintas. Entre otros, Toña La Negra, Alfonso Ortiz Tirado, Juan Arvizu, Lucho Gatica, Lola Beltrán, Pedro Infante, Javier Solís, Vicente Fernández, Chavela Vargas, Leo Marini, Marco Antonio Muñiz y Luis Miguel.

Entre los venezolanos, Alfredo Sadel, Felipe Pirela y José Luis Rodríguez "El Puma". Por otro lado, Los Panchos, Mario Lanza, Plácido Domingo, Julio Iglesias, Caetano Veloso, Altemar Dutra, Roberto Carlos y Dyango. Los vocalistas recientes, algunos de ellos en otras búsquedas, siguen cantándolo.

Lara es, sencillamente, inagotable.

El "flaco de oro" hizo de pianista en películas como *Revancha* y *Coqueta*; protagonizó cintas, con Libertad Lamarque, como *Mi campeón*; con Elsa Aguirre, *La mujer que yo amé*; con Lola Flores, *Los tres amores de Lola* y con Sarita Montiel, *¿Por qué ya no me quieres?* Eran los años triunfales de directores históricos como Emilio "Indio" Fernández, Juan Orol y Chano Urueta. Lara continuó haciendo cine de diversas maneras, como actor, compositor, arreglista y /o productor.

II

Cuando Adhemar González, el pintor de La Quebrada en el estado Trujillo (Venezuela), traspuso la puerta del Museo "Agustín Lara" en Veracruz, en el malecón, cruce del boulevard "Manuel Ávila

Camacho" con la avenida Adolfo Ruiz Cortines, quedó completamente hipnotizado. Un retrato de gran formato de Agustín Lara, increíblemente real, presidía la entrada, como dando la mano al visitante.

Adhemar venía de inaugurar una muestra de 37 cuadros suyos, en la sede del Instituto Veracruzano de Cultura, en el contexto del Festival Internacional Afrocaribeño de Veracruz. Días antes, había presentado, con gran receptividad, la misma muestra, en el Primer Festival Cultural de Coyoacán, en Ciudad de México.

La casita blanca, era un espacio creado para conservar la memoria de Agustín Lara, sus más de quinientas canciones, sus treinta películas, objetos personales, pinturas, muebles, retratos y sus tres pianos. Se trata de un lugar encantador: una muestra apretada de su vida incansable, colmada por sus querencias superiores: la música, las mujeres, el brandy Martell y el cigarrillo.

En el inmueble de dos plantas, entre la realidad y el sueño, están buena parte de las cantantes, actrices y bailarinas, que compartieron honores con "el feo" Agustín Lara: la cubana del bolero Olga Guillot, la argentina Libertad Lamarque, la mexicana Elsa Aguirre y las españolas Lola Flores y Sarita Montiel.

Igualmente, las "bombas cubanas", calificadas en su tiempo como "símbolos sexuales", "come-hombres", "insaciables", "vampiresas", "brujas", María Antonieta Pons, Ninón Sevilla, Amalia Aguilar y Rosa Carmina. Y también está Pedro Vargas, su mejor intérprete masculino y amigo íntimo, "El ruiseñor de América".

México, en ese tiempo, intentaba competir con estas divas cubanas, levantando a otras diosas muy recordadas. Ellas eran Meche Barba y Yolanda Montes, mejor conocida como "Tongolele", quien se distinguía por un impresionante mechón blanco. Como dato llamativo, "Tongolele", quien vive aún, terminó siendo pintora.

En La casita blanca, además, se pueden ver numerosos posters, afiches e ilustraciones, la mayoría de ellos alusivos a las distintas películas en que, polifacéticamente, tuvo alguna participación o intervención Lara.

La vida del "Schubert Jarocho", como también se le llamó por haber nacido en Veracruz, fue una constelación infinita de mujeres. Sin embargo, curiosamente, en La casita blanca destacan sobremanera sus tres pianos: uno negro, uno blanco y otro marrón. Quizás porque no

es concebible su inmensa obra de músico-poeta sin el piano. O porque Lara se hizo un personaje a su medida… acompañado del piano.

—Qué raro, aquí no está María Félix —comenta Adhemar González.

Es cierto. En La casita blanca no hay ninguna imagen de "La doña". Pero, tampoco están presentes las fotos de otras compañeras, casadas o no con "el flaco", como fueron Rocío Durán, Carmen "la Chata" Zozaya, Clarita Martínez, Angelina Bruschetta, Raquel Díaz de León y Yolanda "Gigi" Gasca, entre otras.

La investigadora Guadalupe Loaeza ha revelado que las indagaciones realizadas por diversas vías testimonian que Félix, Durán y Martínez, estuvieron entre sus inspiradoras principales, sobre todo la primera, la musa que más amó.

María Félix, nacida en Sonora, en el norte de México, se casó cuatro veces: con Enrique Álvarez, Agustín Lara, Jorge Negrete y Alex Berger. Finalmente, hizo pareja con el pintor ruso-francés Antoine Tzapoff.

Cuenta el amigo de Agustín Lara que arregló la última entrevista del "Flaco de Oro" con "La doña" que, después de las rogatorias del poeta y músico veracruzano, María Félix se puso de pie inesperadamente y le dijo a Lara con voz volcánica: "No te humilles 'flaco', guarda nuestro pasado en un estuche y dame las gracias por él".

Sin embargo, "La mujer más bella de México", "La diosa del cine mexicano", hace algunos años, entrevistada por Verónica Castro en su famoso programa televisivo de medianoche *La movida*, dijo de Agustín Lara estas palabras: "Tuve que dejarlo, después de seis años de matrimonio, a causa de sus constantes infidelidades". Pero, de inmediato, agregó: "Era un amante fabuloso, un hombre en toda la extensión de la palabra, muy sexy".

Después de todo, no es mala calificación, viniendo de mujer tan exigente.

Los restos de Agustín Lara descansan, por decisión de quien era presidente mexicano en 1970, Gustavo Díaz Ordaz, en La Rotonda de Hombres Ilustres del país azteca, en el Cementerio de Dolores, Ciudad de México.

Bolívar en Acapulco

I

Cuando llegaron a aquel sitio, por los lados de la playa Pie de Cuesta, ya habían dado muchas vueltas por Acapulco, sus sitios más visitados, sus alrededores, su gastronomía y sus estampas culturales.

Acapulco se mantenía incólume aún frente al ascenso vertiginoso de otros destinos vacacionales y de veraneo como Cancún, Puerto Vallarta e Ixtapa-Zihuatanejo, el primero situado en el Caribe mexicano y los otros dos en aguas del Océano Pacífico.

Más aún, Acapulco se conservaba en toda su plenitud. De la misma forma que resistió al corsario Francis Drake en el pasado, ahora soportaba, en forma estoica, la arremetida de las grandes transnacionales hoteleras que operaban con inmensas ventajas en México.

Con cuánta belleza, además. Se dieron una vuelta larga, durante tres días, hasta broncearse, por la Isla de la Roqueta, el río Papagayo y la laguna de los Tres Palos; y disfrutaron en las playas Caleta, Caletilla, Hornos, Puerto Marqués y El Revolcadero.

Y se detuvieron a ver "El salto de la muerte", el gran espectáculo acapulqueño en La Quebrada. Esta era una tradición de muchas décadas. Supuestamente, había comenzado porque dos hombres se

peleaban por una mujer y aquella fue la forma de resolver la disputa. Los clavadistas se lanzaban desde treinta y cinco metros de altura, de acuerdo con el movimiento de las olas y venciendo el miedo. Es francamente emocionante ver esta proeza.

Los atletas se entrenan por años, hay escuela e instructores para jóvenes y niños. Suben por los riscos y se encomiendan a la Virgen de Guadalupe en un santuario que ha sido acondicionado para ella en las alturas. El espectáculo se presenta en la mañana, tarde y noche. Raúl García Bravo, ha sido el más famoso clavadista de Acapulco, reconocido por el Libro Guinness.

II

"Toño" Caballero es un caballero muy peculiar. Es, lo que llamamos popularmente en Venezuela, "un bicho raro". Una personalidad muy fuera de lo común. Impresiona, asombra e incluso mete miedo. Dice Alberto Mojica, dueño del "Zoo Acapulco" y patrón de "Toño", allí en Pie de Cuesta, que por momentos, tiene la impresión de que es "un loco".

Mojica confiesa su temor de que en algún momento le ocurra algo horroroso, por ejemplo que lo devore una fiera. Y cuenta las temeridades ("barbaridades") que protagoniza el domador en las jaulas del establecimiento.

Antonio Caballero nació en Chiapas y dice haberse criado en la selva Lacandona, en medio de toda clase de animales salvajes. Por momentos, con su alta estatura y complexión física, los gruesos brazos bajo la camiseta, el tono pegajoso y la sonrisa pícara, como de Barranquilla o Cartagena, cuesta creer que sea un indio lacandón. En verdad, parece nativo de la costa atlántica colombiana o de otro lugar como la selva Amazónica.

Además, el amansador de fieras se muestra entusiasmado cuando habla de Simón Bolívar. Su lenguaje se torna emocionado al hablar del Libertador de América del Sur, lo que hace inocultable su parecido con los conservadores colombianos quienes, a juzgar por sus palabras, lucen bolivarianos.

Como sea, "Toño" Caballero es en el "Zoo Acapulco" una especie de mago, babalao o shamán. Amansa, domestica y amaestra a leones, gorilas, cocodrilos y serpientes. Es el encargado de recibirlos en los

inicios, o sea, es quien primero hace contacto con ellos. Se familiariza, trabaja su sensibilidad, los alimenta, los baña y complace sus deseos.

Se los gana de afecto. No sin riesgos, por supuesto, como muestran algunos rasguños en los brazos. No es lo mismo ser "el señor de los caballos" que ser "el señor de los leones, los gorilas, los cocodrilos y las serpientes", asegura.

El domador dice que se comunica con los animales, que habla su lenguaje, que entiende lo que quieren. No cabe duda, aunque su patrón guarda reservas. Es increíble su relación con ese tipo de criaturas. Posee un don que no es común, el de amistarse con las bestias.

Más increíble aún es que se enchiquera con los animales en sus jaulas y consigue que visitantes ubicados en el público hagan lo mismo (los que se atreven), manteniendo el control de las fieras. No son muchos los osados. Quienes lo hacen se gradúan de hombres en estos encierros del "Zoo Acapulco".

Quiera Dios que "Toño" siga vivo.

III

Algo está pasando hoy. Es un día soleado y cálido. Todo resplandece y se ilumina. Además, es hora del mediodía, momento en que, generalmente, aumenta la agitación y el bullicio de la gente y de los carros. Se siente el resonar de las cornetas cuando cambian las luces del semáforo. No obstante, a ojos vista, este es un día distinto.

Un gran revuelo se observa en la avenida costera Miguel Alemán, la más importante arteria vial de Acapulco. El presidente municipal constitucional de Acapulco Rogelio de la O. Almazán, adelanta un proyecto consistente en ubicar a lo largo de la céntrica calle, elementos distintivos de la historia, las ideas y la cultura, de diferentes países, de distintos continentes.

En la costera está la efigie del prócer argentino José de San Martín, la imagen de una geisha japonesa, Don Quijote y Sancho Panza, una cimitarra sarracena inmensa donada por Arabia Saudita y la figura de Charles De Gaulle, entre otros símbolos internacionales.

Corresponde ahora el turno al Libertador Simón Bolívar, figura venezolana, líder de la lucha independentista de América que, aunque nacido en Caracas, logró convertirse en figura universal, patrimonio de todos los pueblos de la tierra.

Alberto Mojica, a la sazón secretario de Cultura de la Municipalidad, creador del proyecto, habla de los esfuerzos políticos y diplomáticos que han tenido que realizar para avanzar y subraya la vocación humanista y universalista del presidente Almazán, quien, según sus palabras, se resiste a que Acapulco sea solamente un balneario o un centro comercial, cuando su cara cultural, que es lo más importante, debe ser mostrada al mundo.

En el *presidium* del acto están el presidente municipal Almazán; Alcides Villalba, ministro consejero de la Embajada de Venezuela en México; Alirio Liscano, agregado cultural de la misma misión diplomática; Alberto Mojica, secretario de Cultura de Acapulco, el director de la Escuela "República de Venezuela" y un oficial trajeado de blanco, representante de la Armada Mexicana.

En el toldo colocado en medio de la vía, dispuesto para los asistentes, destaca la presencia de los embajadores Abelardo Curbelo de Cuba, Nils Castro de Panamá y Gustavo de Greiff de Colombia; Jesús Ferrer Gamboa, presidente de la Sociedad Bolivariana Mexicana y Pablo Mariñez, embajador de República Dominicana en México.

Como invitados especiales están directivos de *Archipiélago*, revista latinoamericanista editada en México. Entre ellos, el arquitecto azteca Carlos Véjar Pérez-Rubio, el "bolivarólogo" colombiano Gustavo Vargas Martínez y el filósofo argentino, discípulo de Leopoldo Zea, Horacio Cerutti Guldberg.

Resalta también la participación de un grupo de venezolanos que asisten a la XI Conferencia Mundial de Ingeniería Sísmica que tiene lugar por esos días en el Centro de Convenciones de Acapulco. Entre estos, está el doctor William Lobo Quintero, exdecano de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela y su señora esposa doña María Isabelina Dugarte de Lobo.

Igualmente, el doctor José Grases, hijo de don Pedro Grases, quien es Individuo de Número de la Academia Venezolana de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales y profesor jubilado de la Universidad Central de Venezuela, ubicada en Caracas.

Están también presentes algunos venezolanos radicados en México: el filósofo Edgard Gabaldón Márquez, el antropólogo Rodrigo Lucena, la pianista Eva Mari Zuk, los pintores José Augusto Paradisi y Luis Riera y el fotógrafo artístico Yuri Valecillos.

Y está, como prometió, "Toño" Caballero.

Sin embargo, el alma bolivariana del acto, son las muchachas y muchachos de la Escuela "República de Venezuela" de Acapulco, quienes, bandera en mano, dan vivas a México y Venezuela y a los héroes fundadores Bolívar, Hidalgo y Morelos. Después de las palabras protocolares de Almazán y Villalba, el niño Jesús Amaya Topete de la Escuela "República de Venezuela", declama una pieza poética de su propia inspiración, en la que ensalza la gesta emancipadora americana y muy especialmente el sacrificio libertario de Bolívar.

Finalmente, el alumno Amaya devela el busto del Libertador Simón Bolívar.

En México está sembrado el espíritu de Bolívar.

Tulum

I

No volvió sobre sus pasos. Se habían quedado atrás, al andar, en el camino. En la blancura de la arena, sobrevivían los trazos de una sombra proyectada por la lumbre. Solo permanecía, contra la raya tenaz del horizonte, el adelante que sugería visiones ocres, oscuras, presagiosas, una leve presencia de los recuerdos por venir.

El mar, desparramado en lontananza, es azul, verde, verdiazul, de todos los matices. Las olas surcan los colores con la proa lanceolada rompiendo los crespones. No estaban pensando en los tajos fugaces que dejaban a su paso. No. Solo querían llegar. Y estaban llegando. Se acercan procelosas. No es posible decir si su llegada está presidida por el asombro, el susto o la avaricia.

Por el cono de la albufera, las palmeras y los cocoteros, prosiguen el baile que les impone la brisa. La playa, una larga curva sudorosa, no presenta espacios disonantes ni figuras extrañas. La espuma, en su incesante ir y venir, domina la ensenada.

Arriba, el acantilado atisba. El horizonte es su pasión desde hace siglos. Suspendido en las cuerdas, el rocoso talud nunca separó sus ojos de las aguas ancestrales, tan colmadas de creencias, historias y

leyendas. Y si llegan, se preguntaba el anciano mirador desde su angustia. Si asoman, allá en el fondo. Si por milagro, el graznido anuncia su presencia. Y los pájaros en remolino inician su acertijo. Si por otra vez sucediera que la alfombra coral rompiera en marejada y las almejas bebieran las burbujas.

No tuvo tiempo de esperar más. En el horizonte estaba la nave presentida. Sobre el abismo se encontraba tendida la recia carabela. La silueta, borrosa aún, buscaba la costa, insegura, confundida. Su tripulación, todavía no revelaba los secretos. Era un anuncio de los dioses. El aviso, que ahora se estaba cumpliendo, lo habían hecho, en ciclos lunares anteriores, cuando en los cielos dominaba una luz de luna llena.

Si iba a ser como la primera vez, no cabían buenos augurios. En esa ocasión, los hombres venidos del mar, fundaron el infierno. Las mujeres fueron las primeras. A ellas les saltaron como fieras. Eran seres lujuriosos, con una vestimenta extraña y palos de fuego entre las manos. Si volvían ellos, la sangre infinita correría.

II

Las ceremonias del día van a comenzar. Con el rey sacerdote, ungido por la gracia de los dioses a la cabeza. Los ministros vicarios, como corresponde a sus altas investiduras, se ubican adelante, a su lado. Se distinguen de los demás por las barbas abundantes, las vestimentas negras y el capelo. Son el alto sanedrín. La majestad que detentan proviene del poder sobre los cuerpos y las almas. Administran los bienes y servicios y muy especialmente controlan los tributos.

Una plegaria marca los pasos marciales. Ha llegado la hora del encuentro. La energía es el aura. El aura, la energía. La fuerza del pueblo en oración a los altísimos. Sería el instante sobrecogedor del sacrificio de la carne, de los ayes de dolor y de las lágrimas, hasta revolver las entrañas sedientas de la tierra que clama. La ofrenda a entregar, que era del tamaño de la multitud, estaban seguros, terminaría por conquistar la misericordia de los ariscos y reacios dioses.

En aquel tiempo, ya había pasado la guerra contra las tribus procedentes de Tollan. En el proscenio improvisado, en ese preciso momento, los abuelos, sintiendo su muerte cerca, se dirigen a todos los reunidos, especialmente a los hijos y nietos. Habían quemado resinas perfumadas y solo esperaban que el humo fuera arrastrado por el viento.

Balam Quitzé levantó la voz y dijo: "Acopiad el grano y las semillas y juntad los retoños, que tiempos de sequía y hambre se avecinan". Una nube que parecía la flor de lluvia, hizo desaparecer a los ancianos cuando remontaron la cima, volteados hacia el Este.

Entonces, para despedirse finalmente, el más anciano de todos suplicó:

Hurakán, corazón de la noche, dador de la virtud, creador de nuestros hijos, vuélvete hacia nosotros; impide que sobre los nuestros caiga enfermedad, ni daño, ni maldición; haz que estén siempre unidos y limpios; que sean firmes de corazón y que no sean sorprendidos en emboscadas, ni perezcan de sed ni de cansancio.

En el centro del culto sobresale un grupo de figuras danzantes. El baile que realizan es sencillo. Ataviados con huaraches y con plumas de serpiente en la cabeza, los semidesnudos y sudorosos hombres, saltan y resuenan los palos de lluvia, intentando atraer la mirada de los cielos.

Al mismo tiempo, los jóvenes dioses, los príncipes, que cuentan con la bendición del sol y de la luna, cerbatanas en mano, están comenzando la cacería del jaguar, un félido amarillo. En el acoso del carnívoro, entre los montes, saltan también, el gavilán, el puma, la culebra, el sapo y el piojo, aparte del loro y el zopilote blanco.

Siguiendo el orden, se encuentra el coro plañidero, que es el rostro lloroso del cortejo. Los lamentos retumban en la tarde. Sin rostro visible, las mujeres que gimen, presentan todas las edades, desde las adultas hasta las niñas. La plañidera mayor, tocada con un velo distintivo, con tono grave y las manos alzadas, dirige las plegarias.

Finalmente, está el pueblo en procesión. Un largo silencio sufriente traspasa la gran marcha. El firmamento de bocas heridas, víctimas de fiebre y desvarío, sufre los prolongados días de sed. Los latigazos de la sequía, la desecación cruel, han horadado las pieles de las almas, cuyo refugio postrero han sido los cenotes.

III

Al costado del abismo, la ciudad sagrada está tendida. Sobre el precipicio, la calle mayor se prolonga. Más al este se encuentran los templos, el de los Frescos y el de los Descendentes. Al oeste se ubica La Atalaya, el mirador celeste. La suave colina, a lo lejos, deja ver una

enorme mole de piedra, El Castillo, el supremo tabernáculo ritual, el Santo Templo del Jaguar Gigante.

Tulum que, en lengua maya significa "muralla", al principio se llamó Zamá, que significa "salida del sol" o "amanecer". Un largo muro de cinco metros de altura brinda protección a la ciudad. En el centro del poblado, como era propio de aquellas capitales, se encuentra la Plaza Mayor. Dentro de la antigua población, los edificios, cuidadosamente decorados con estuco, presentan una estatura media, a diferencia de las altas pirámides de Chichén Itzá o los templos de Mayapán.

Muchos siglos atrás, en la región del Petén, donde se acostumbraban las construcciones elevadas porque se acercaban al cielo, se levantaron pirámides, edificaciones y templos de setenta metros y varios pisos de altura. No es difícil hacer estimaciones, si se toma en cuenta que solo Palenque, en la zona de Chiapas, tuvo un poco más de mil quinientos edificios.

Tulum conoció la bonanza cuando la civilización maya fue gobernada por Pacal y Kan Bahlam, allá por el siglo VII después de Cristo. Por cierto, Pacal (615-683), fue el constructor de Palenque. La prosperidad maya se refleja en la arquitectura y en el esplendor de la ciudad. Su ciencia, asombrosamente avanzada, conoció el cero, la raíz cuadrada, el rectángulo, el calendario y tuvo la rueda aunque, inexplicablemente, no la usó.

Así mismo, contó con una astronomía de vanguardia, con observatorios como "El Caracol". Al procesar la piedra caliza produjo "cemento", lo que se proyectó en la construcción de puentes, calzadas, caminos, acueductos, túneles, canales, albercas y temazcales. Los mayas contaban con el puente colgante más largo del mundo en el siglo XII de la era cristiana. Todo esto les permitió, en los límites de la ingeniería, resolver problemas de abastecimiento de agua y alimento.

Atrás habían quedado las pavorosas guerras comerciales, que no fueron más que disputas de poder entre Calakmul y Tikal. El comercio se desplazaba a sus anchas por los puertos como Tulum (refugios y abrigos en la costa) y por los Caminos Blancos. No obstante, la destrucción ecológica estaba haciendo estragos, mediante la deforestación, la contaminación de las aguas, las enfermedades, el hambre, la sequía. Era llegada la hora de implorar a Chac, el dios de la lluvia.

La lisa pendiente que conduce al Templo Mayor, aunque no fatiga el músculo, sí crispa los espíritus. La ceremonia ritual hacia la ermita es obligada, ha llegado el día de arrodillarse. En los espacios laterales, se recuestan, una tras otra, las habitaciones de los sumos sacerdotes, la élite teocrática, el estamento sagrado que gobierna. Sobre las mesetas, al fondo, se vislumbran los campos de pelota, donde los guerreros se disputan el derecho a morir, requisito que les asegura ser recibidos por los dioses.

IV

La extraña nave cada vez se ve más grande. El velamen henchido traspasa la furia del viento. Sus rasgos comienzan a ser claros, indudable señal de que está cerca. El palo mayor se mece al vaivén de los alisios, como un perro de agua que navega hacia la costa.

Los rostros borrosos que ocupan la cubierta, ahora son visibles. En el centro, con una fornida capa roja, un hombretón de ademanes enérgicos, alto, de barba entrecana y con sombrero de plumas, remeda a los bravos mosqueteros, al tiempo que emite órdenes y hace señas, como si intentara explicar lo que está viendo. Acero en mano, este capitán, sin embargo, no porta goma en el ojo, por lo que no tiene facha de corsario.

A su lado, se distingue una humanidad esquelética, larguirucha y afilada, de nariz aguileña, con una lacia melena cubriéndole la cara, es un hombre feo que solo sabe asentir a las palabras ruidosas emitidas por su jefe.

Y en el otro extremo, la niebla del amanecer deja ver una mujer, una exuberante princesa de rasgos indios, de porte sensual, ojos dominadores y una diadema en la cabeza, cuyos cabellos en cascada, amenazan con lanzarse por la borda. El capitán la traía del océano, donde dormía desde hacía siglos, una alucinación ultraterrena. Aunque venían abrazados, no hablaban la misma lengua. Curiosamente, pese a los idiomas diferentes, todo parecía indicar que se entendían perfectamente.

Besar la tierra y repasar las líneas inconclusas, fue levantarse sobre el precipicio y descubrir que las naves, henchidas de codicia, con los mismos ocupantes y atavíos, estaban arribando nuevamente. La profecía se estaba consumando.

La embarcación toca la playa. Las blondas arenas, como azúcar que se derrama entre las peñas, son apuñaleadas por el asta del pendón forastero que ha sido clavado con violencia. Y se repite la carnicería.

En la calzada sangrante, se arrastra moribundo Kukulkán.

Chimbangueles

I

En Venezuela son muy fuertes los cultos africanos. La histórica presencia negra en zonas agrícolas, particularmente en los cultivos de cacao en los años coloniales, sembró entre venezolanas y venezolanos, muy intensamente, ese rasgo antropológico peculiar, dejando huellas sumamente profundas.

La sangre del continente negro y también la española, más allá del terrible genocidio perpetrado por los conquistadores españoles, consiguieron mezclarse con nuestros cromosomas originales, produciendo este mestizaje ancestral que, con orgullo, proclamamos hoy, cuando estamos viviendo luchas liberadoras de doscientos años.

En nuestro país, los cultos de san Juan Bautista y de san Benito de Palermo (san Juan y san Benito a secas, en el habla del pueblo), son los más extendidos e implantados. El primero en la región centro-norte-costera (zona de Barlovento y el Tuy, principalmente) y el segundo en la zona occidental que circunda el Lago de Maracaibo, el más grande del continente americano con salida al mar.

San Juan es venerado, homenajeado y celebrado en los estados Aragua, Miranda, Vargas y en menor grado en Carabobo; y san

Benito, en Zulia, Trujillo y Mérida. San Juan en poblaciones como Caucagua, Cúpira, Río Chico, Guarenas, Guatire, Santa Lucía, Ocumare del Tuy, Cúa, Tácata, Curiepe, Naiguatá, Borburata y Patanemo, entre otras; y san Benito en Cabimas, Lagunillas, Bobures, Gibraltar, El Batey, Santa Apolonia, Palmarito, Valera, Motatán, Escuque, Betijoque, La Puerta, Mesa de Esnujaque, Chachopo, La Venta, San Rafael de Mucuchíes y Mucurubá.

El culto de San Benito está consolidado en la zona conocida genéricamente como "el sur del Lago". Y la palabra clave del ritual es "chimbanguele" que significa "tambor". Este vocablo es de origen bantú y proviene de Angola o el Congo.

Cada año, el primer domingo de octubre, comienzan formalmente los preparativos, los cuales se extienden por los meses siguientes hasta llegar a su punto cenital en las fiestas decembrinas de navidad y año nuevo, aunque en otros pueblos, villorrios y comunidades, se extienden hasta comienzos del año entrante, casi siempre con las celebraciones de los Reyes Magos en el mes de enero.

El gran dato en estas festividades es la música de percusión y el baile. El tambor que se usa para honrar a San Benito se distingue porque cuelga del hombro y se toca con el palo en una mano mientras la otra permanece libre, apoyada en el instrumento.

El grupo de chimbangueles encuentra la cadencia tocando al unísono y desatando en la masa bailante la emoción dancística, en un clima de sensualidad y erotismo que impone la africanía. No hay quien pueda resistirse a esa fuerza avasallante. Aparte de estos chimbangueles, se usan tiples y opcionalmente, maracas, furrucos, bongós, charrascas, tamboritas y algún artefacto de viento.

La fiesta comienza cuando San Benito, ya montado en una vistosa carroza colmada de adornos y cintas, es llevado a la fiesta religiosa en la Iglesia, de donde, una vez celebrada la misa, sale nuevamente a la calle, a la otra fiesta, la profana, aquella que protagoniza el santo negro, a cielo abierto, precisamente, con su pueblo.

El recorrido del santo está acompañado por bailantas típicas, entre ellas Los Giros de San Benito y la Danza de Frente, ambas cultivadas en San Rafael de Mucuchíes en el estado Mérida, pero extendidas a otros lugares. Los celebrantes "queman pólvora" usando trabucos, morteros, cohetes, recámaras, triquitraques y otros detonantes.

La tradición dice que el culto de San Benito es un ritual en que se agradece al santo por los milagros y favores recibidos en los apuros de salud, buenas cosechas y prosperidad económica. Bailar a San Benito constituye una parranda masiva en que todos, en "una locura colectiva", saltan, beben y fuman tabaco, al son de los tambores.

La indumentaria para rumbear con el santo de ébano es muy diversa, pero siempre multicolor y llamativa. Los danzantes se visten y pintan la cara de negro (este es el caso de algunos lugares en el páramo merideño, según el devoto Juan Pablo Espinoza), se colocan en la cabeza un sombrero de cogollo u otro tocado similar adornado con flores vistosas, un pañuelo ancho en el cuello, una banda encarnada desde el hombro hasta la cintura y alpargatas nuevas, todo, acompañado con algún detalle de preferencia del ataviado.

II

Las fiestas de San Benito en la Mesa de Esnujaque son una muestra magnífica del sincretismo dominante en la adoración del santo negro. Allí, lo religioso y lo profano están perfectamente demarcados, en el contexto de unas celebraciones de larga tradición, bien estructuradas, organizadas y disciplinadas.

La Asociación de San Benito de Palermo nació en la Mesa el año de 1933, hace más de tres cuartos de siglo, fundada por el padre Antonio Soto y otros vecinos destacados como Rodrigo Valero Briceño y Dolores Cadena. Ahí, digamos, comenzó todo.

El capitán Alberto Lacruz, uno de los líderes del baile en Esnujaque, asevera que San Benito nació en San Fratello, provincia de Mesina, Sicilia, Italia y que era descendiente de esclavos negros que lograron fugarse, estableciéndose en el extremo sur de la península que tiene forma de bota. Benito, desde temprana edad, mostró su inclinación por la vida eremita, dedicada a la meditación y a la comunión con Dios y luego, en su juventud, logró ingresar en la Orden de los Franciscanos.

En Mesa de Esnujaque, los actos comienzan con "El Rompimiento" cerca de las 08 horas de la mañana del 6 de enero, día de Reyes. En la Capilla de San Benito todo ha sido preparado previamente. Cuatro nutridas comparsas o giros han tomado ya su desayuno, pues deberán mantener las energías durante todo el día y parte de la noche.

Al frente del cortejo, en manos de adultos mayores descalzos, van dos estandartes alusivos a San Benito y a la Asociación. Seguidamente los músicos, entre quienes se observan tambores, guitarras, cuatros y violines. Los hombres están divididos en dos grupos, encabezados por los de mayor experiencia. Detrás de ellos siguen las mujeres, y el cortejo cierra con una docena de niñas.

Los primeros visten de blanco impecable, colmados de cintas multicolores y un tocado similar; las mujeres exhiben dos tonalidades, las vírgenes lucen trajes amarillos y las adultas, beige; las niñas van con una hermosa indumentaria indígena marrón.

Arranca el baile con San Benito al frente. Los giros, se ubican en orden en la entrada de la población. Van al recibimiento de los grupos visitantes. Se presentan, sucesivamente, cerca de veinte (20) comparsas. Entre otras, las de Pueblo Llano, San Rafael de Mucuchíes, Chachopo, La Puerta, Carvajal, La Venta, Cruz Chiquita, Tuñame, Llano del Jarillo, Loma de Jajó, Mesa de los Moreno, Páramo de Durí, Campo Alegre, Mucutujote, Alto de San Juan, Cañada Cerrada, Chiquiao, Rincón de la Venta y Chipuén.

Entre las danzas habituales se registra el Paso Cuadrado, muy apreciado porque es fácil de aprender y deja mucha libertad para "inventar". Así mismo, la Marcha, la Contradanza y la Gaita. Los pasos más frecuentes de los bailarines son las pasadas, las jaladas y el pa' lante y pa' tras. En medio del figureo, se acostumbra dar "Vivas" a san Benito, rezarle o hacerle invocaciones. El resto de la fiesta son los disfraces que recorren la ciudad, algunos deliberadamente monstruosos.

El Cinto, que es un baile muy vistoso, merece un comentario especial. Consiste en "forrar" con cintas coloridas un palo dispuesto en el centro, alrededor del cual giran los bailantes con esas tiras en las manos, las cuales van cruzando progresivamente mediante su paso por encima y por debajo de los participantes sucesivos. Es un espectáculo muy grato. Y de hecho, hay varios palos, o sea, varios cintos. Es una reminiscencia de bailes similares en el resto del país.

III

En Gibraltar, a orillas del Lago de Maracaibo, el horizonte sonoro ruge cerca del río pero lejos del mar. La celebración se encuentra cerca. En la entrada del pueblo, el corpulento arco es una guirnalda que se

encarga de dar la bienvenida. No hay espacio que no esté ocupado por las mejores galas para sellar el encuentro.

El jolgorio de la vecindad respalda los festejos. Es llegado el tiempo de San Benito, del tambor, del tabaco, del licor y del baile. En la plaza central, al comienzo, los chimbangueles han sido exorcizados con rezos, alcohol y humo, para potenciar su sonoridad. En esta semana, en que no paran los tambores ni de día ni de noche, el rociado se repite en la medida en que el aguardiente va penetrando las vísceras bailantes.

En el plató, en el centro de la escena, hombres, mujeres y niños, tabaco en boca con la candela hacia adentro, con las manos callosas por las faenas agrícolas, descargan los palos trepidantes, como si quisieran desangrar aquellos timbales. En otras esquinas, rugen otros cueros, los bongós y los furrucos, en ruedas de muchachos y muchachas sudorosos.

En el frente, la calle baila desbordada. La "locura" brinca sobre el polvo. Nadie permanece quieto. El llamado del tambor es dominante. En realidad, es el llamado de la sangre, de los ancestros, de la cultura en el exilio. Son estampas masivas el paso figureado con manos alzadas y malabarismos en los pies, mientras se dobla el torso. Y el furor de la rumba continúa, como en la magia de un trance compartido.

Y así llega la procesión, la hora de pasear a San Benito por las calles, seguido por sus fervorosos feligreses. La presencia del santo negro arranca una ovación y redobla los bríos de los danzantes. Y se inicia el cortejo. El séquito de tambores y la masa danzante, de hecho, resulta una fiesta colectiva.

San Benito, con su cara bondadosa, todo tolerancia, luce sonriente, sobre todo cada vez que recibe una nuevo baño de aguardiente. Por momentos, parece que el monje se irá al suelo por la vacilación de los braceros. Pero no. No pasa nada. Nunca ha ocurrido el extremo de que los devotos borrachos hayan estrellado su efigie contra el piso.

San Benito, el santo de ébano, ni se cae ni se deja caer, sigue arriba, erguido, bizarro, presidiendo la parranda.

IV

Unas palabras finales sobre este culto. Las fiestas de San Benito son, dicho con una frase de José León Tapia, "este sincretismo que

somos". Es un santo negro, descendiente de esclavos, que comparte su fiesta con el pueblo. Sale a la calle a encontrarse con sus feligreses, a concelebrar con ellos su religiosidad y sus jolgorios mundanos. Sin temor a contagios. No hay nada de santurronería en este santo. Por el contrario, hay una identificación muy honda con las penas y alegrías de todos sus feligreses. San Benito es, no cabe duda, un santo igualitario.

Que, además, iguala efectivamente. En verdad, todos celebran y/o bailan a San Benito. Hombres, mujeres, niñas y niños. Ricos, gente de clase media y pobres. Blancos, morenos y negros. Profesionales, hombres y mujeres que no rebasaron el nivel de la educación primaria o del bachillerato, agricultores que jamás pisaron un aula de clase. Maestros y alumnos. Comerciantes de todos los niveles. Policías, médicos y paramédicos. Autobuseros, camioneros y taxistas. Operadoras y operadores telefónicos. Vendedores de periódicos. Todos, absolutamente todos, se juntan alrededor de San Benito. El santo negro convoca a todos y todos acuden a su llamado. Este detalle es innegable.

Esto ratifica, por otro lado, el carácter unitario de nuestra cultura. Son las creencias, valores y emociones existentes en nosotros, que atienden a la invitación de San Benito. Para decirlo con las palabras de Andrés Eloy Blanco: "Son las manos que se buscan en la efusión unánime de ser hormigas de la misma cueva". Es decir, nos descubrimos seres humanos, con pesares y satisfacciones similares, ventajas y desventajas análogas, virtudes y defectos parecidos. Vale decir, nos encontramos "iguales" y con todas las posibilidades de hacer y hacernos implantadas en nosotros mismos.

Pero, hay más en San Benito. La apasionante celebración tiene alto sentido solidario. Su significado profundo alude a sentimientos de pertenencia, de afecto familiar, de convivencia parental y amistosa. Unión de la individualidad con sus filiales, vecinos, amigos, relacionados, es decir, fraternidad entre comunes. "Pertenezco a un colectivo, luego existo", podría ser la frase que facilite resumir esta idea.

San Benito sintetiza la idea de comunidad, cooperación y auxilio mutuo, con la impronta afrocaribeña que nos caracteriza. Los toques de tambor del santo negro más que "ser agradables", se proponen "ser buenos", para unir lo inmaterial con lo material, el arriba con el abajo, la fe en Dios con la fe en la vida cotidiana, en el único paraíso posible, que es celestial y terrenal al mismo tiempo. San Benito es, simplemente, la vida misma.

Peregrina

I

Todo está listo para el concierto del tenor Plácido Domingo en Chichén Itzá, el gran templo maya. El mejor tenor de todos los tiempos, según anuncia la BBC de Londres, estará acompañado por la figura yucateca de la música mexicana Armando Manzanero y por la soprano portorriqueña Ana María Martínez, quien ha compartido anteriormente escenarios con el cantante español. El recital será dirigido por el maestro estadounidense Eugene Kohn, al frente de la Orquesta Sinfónica de Yucatán, conductor de galas anteriores protagonizadas por el italiano Luciano Pavarotti.

Domingo, sentimentalmente mexicano de acuerdo con sus propias palabras, está posicionado como una de las más reconocidas voces de la actualidad, a nivel mundial. Chichén Itzá, ubicada a unos cien kilómetros de distancia de la Mérida mexicana y del centro turístico de Cancún, es, en el presente, la más importante capital maya sobreviviente.

Chichén Itzá ("en la boca del pozo de los brujos del agua", en voz originaria), fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1988; ha sido considerada una de las siete nuevas maravillas del

mundo; y con Teotihuacán y Tulum, forma la trilogía de destinos turísticos arqueológicos más visitados en el país azteca.

La profundización de las investigaciones sobre Chichén Itzá ha revelado que aparte de la Pirámide de Kukulkán (24 metros de altura), el supremo Dios, equivalente al azteca Quetzalcoatl, la ciudad maya cuenta con el Templo de los Guerreros, El Cenote Sagrado y otras edificaciones, aparte del Juego de Pelota. Y lo más importante: El Observatorio, él representa una huella de la muy adelantada ciencia astronómica tolteca.

La trova yucateca (Guty Cárdenas, Ricardo Palmerín, Armando Manzanero, entre otros), por su parte, ha sido, históricamente, una de las corrientes más consolidadas de la música mexicana. En el programa de Plácido Domingo publicitado en esta oportunidad, aparecen varias canciones de Yucatán. Entre ellas: *Caminante; Las golondrinas; Adoro* y *Somos novios*. Y destaca, entre todas, especialmente, *Peregrina*, una composición de Luis Rosado Vega y Ricardo Palmerin.

Sobre Rosado Vega y Palmerin valgan unas palabras ilustrativas.

Luis Rosado Vega, fallecido en 1958, ha sido uno de los más grandes poetas meridanos en toda la historia yucateca. Autor del poema luego musicalizado *Las golondrinas*, mencionado antes, su pluma exquisita dejó larga estela en el acervo literario yucatano, hasta superados los ochenta y cinco años de vida, cuando sobrevino su muerte. Su vena literaria, siguiendo la tradición maya, estuvo fuertemente enlazada con la música, porque, en verdad, ambas son una sola en Yucatán. Poesía y música, música y poesía, son almas gemelas en la trova yucateca.

Ricardo Palmerín, por su parte, desaparecido en 1944, de padre nacido en Michoacán y madre de Yucatán, es otro de los grandes símbolos de la melomanía yucateca. Haciendo gala de una traviesa vocación lúdica, Palmerín juntó su música con la poesía coterránea, fusionando dos corrientes cimeras de la sensibilidad artística del sureste mexicano. Palmerín, por otra parte, detenta el muy alto honor de haber sido uno de los padres fundadores del famoso bambuco yucateco.

Roberto McSwiney, conocido promotor, incansable difusor y trabajador perenne por la cultura yucatana, hombre de los medios de comunicación (escritos, radiales y televisivos), dijo alguna vez que:

"(...) no podríamos explicar hoy al gran músico-poeta o poeta-músico, aparte de intérprete, que es Armando Manzanero, si nos

olvidamos que en el pasado de Yucatán existieron Luis Rosado Vega, Ricardo Palmerín, Guty Cárdenas y otros, todos exponentes de una tradición de sensibilidad, en que, en un eterno idilio, la imagen y la cuerda, posicionaron a la trova yucateca en sitios luminosos. Sin esa historia lírica, que nunca ha cesado, no podríamos explicar hoy al aclamado romántico que es Manzanero".

II

En noviembre de 1921, en las cercanías de sus cincuenta años de edad, Felipe Carrillo Puerto, destacado protagonista de la Revolución mexicana, al frente del Partido Socialista de Yucatán, gana la gobernación de su estado. En febrero de 1922 se juramenta en el cargo y pronuncia su primer discurso en lengua maya. Declara su compromiso con la Constitución Federal, con la estatal y con las resoluciones de los congresos obreros de Motul e Izamal. David Dubrowski, en calidad de representante de Lenin, máximo jefe bolchevique ruso, estuvo presente en su toma de posesión.

Carrillo Puerto repartió cerca de setecientas mil hectáreas de tierra, para beneficio de treinta mil familias. Construyó caminos para vincular la actividad económica. Inició el rescate de los centros arqueológicos. Creó la Comisión Agraria y dio impulso a la producción socialista sobre terrenos ejidales, al tiempo que fijó salario mínimo en la ciudad de Mérida y sus alrededores.

Puso en vigencia numerosas leyes de protección social, entre ellas: Trabajo, Inquilinato, Divorcio, Expropiación por Utilidad Pública y Revocatoria de Mandatos para Funcionarios Electos. También normas de Control de la Natalidad, Cooperativas y Socialización de la Riqueza Pública.

Naturalmente, su proyecto revolucionario chocó y contó de inmediato con el rechazo de los grandes hacendados del henequén (planta amarilidácea, especie de pita). Entonces, "ardió Troya". La oligarquía que había explotado salvajemente la mano de obra indígena, le respondió con su odio. Carrillo Puerto, de contragolpe, declaró de interés público la industria del henequén, redujo la producción de la fibra y patrocinó la consolidación de la Liga de Pequeños y Medianos Productores de esa manufactura.

En materia educativa, la obra no fue menor. Carrillo funda la Universidad de Yucatán, la Escuela Vocacional de Artes y Oficios y la Academia de la Lengua Maya. En el primer año de gobierno fundó más de cuatrocientas escuelas públicas. Además, impulsó los derechos políticos de las mujeres: sufragio, elegir y ser elegidas, acceso a cargos públicos.

Los "señores del henequén" derrocaron y fusilaron a Felipe Carrillo Puerto.

III

Xochimilco, como de costumbre, ese domingo, está que hierve de gente. Es un sector cosmopolita del sur de Ciudad de México. Gente muy diversa, de todas las nacionalidades, de todas las edades, circula por sus calles. Es un lugar grato, que conserva parte del lago que ocupaba el Valle de México. Allí la actividad turística es febril, acompañándose de todas las prácticas comerciales propias del negocio.

En Xochimilco se encuentran el Parque Morelos, el Convento de San Bernardino, las Capillas del Rosario, de Santa María y de San Cristóbal, así como el mercado de Plantas y Flores y el museo Dolores Olmedo, ubicado exactamente en el sector de La Noria. Los fines de semana particularmente, es intensa la afluencia de visitantes en busca de matas y arreglos florales para ambientar las casas y oficinas.

Es también un centro de disfrute, para tomarse un tequila con sal y limón, para escuchar música de mariachis y pasar la tarde acompañado, con la familia o en pareja. Sobre las "chinampas", parcelas de tierra ganadas al lago, construidas con sieno y limo, ancladas sobre las raíces de un árbol típico llamado ahuejote, impera la fiesta.

En las chinampas, desde tiempos remotos, se cultivó maíz, frijoles, chile, calabazas, plantas y flores. Y resultaron muy productivas, no solo por la fertilidad de los suelos sino también por la abundancia de agua y el buen clima, lo que hizo de ellas un espacio privilegiado para la sobrevivencia. En algún momento llegaron a convertirse también en grandes centros de diversión.

En los embarcaderos de Nativitas y Cuemanco se arremolinan los viajeros para abordar las trajineras, embarcaciones ligeras, vistosamente adornadas, con un "timonel" mexicano al mando, que ofrece un paseo por el lago. En la barca *Adelita*, una de las tantas disponibles, un vacacionista

estadounidense, una vez subidos los pasajeros, se acerca al jefe de la nave, cruza con él algunas palabras en inglés y le entrega una mochila azul.

Peregrina. Mi idilio socialista con Felipe Carrillo Puerto, fue el título de la obra que Alma Reed escribió sobre sus amores con Felipe Carrillo Puerto. Los manuscritos fueron publicados después de que ella falleció en México, en 1966. El viaje rocambolesco de los papeles terminó cuando el alcalde de Ciudad de México, Cuauthémoc Cárdenas Solórzano, hijo de Lázaro Cárdenas, los entregó a la escritora Elena Poniatowska, quien se ocupó de la edición y redactó el prólogo.

Alma Reed, en actitud muy leal, nunca se marchó de México. La californiana fue el gran amor del gobernador de Yucatán, su colaboradora estrecha y su consejera cercana en materias tan desafiantes en esa época como era la política hacia la mujer.

Alma Reed originalmente viajó a México como corresponsal del *New York Times*, y como otras mujeres estadounidenses (Frances Toor, Margaret Sheed, Ione Robinson), se sintió atraída por el fenómeno revolucionario mexicano. En México desarrollaron importantes proyectos culturales, especialmente orientados al rescate del patrimonio arqueológico azteca y maya, sobre el que Alma Reed dejó obra escrita.

Alma y Felipe, al conocerse, se enamoran y deciden contraer matrimonio. Fue la suya, una relación integralmente intensa, caracterizada por la identificación intelectual y la lealtad política, emocional y carnal.

Por estos días, precisamente, el gobernador Carrillo fue depuesto y ultimado por los seguidores yucatecos de Adolfo de la Huerta, quien encabezaba en la capital del país Ciudad de México un movimiento golpista contra el entonces presidente Álvaro Obregón.

No obstante, con anterioridad, en ejercicio de la Gobernación, Carrillo Puerto había solicitado a los artistas de Yucatán, Luis Rosado Vega y Ricardo Palmerín, una canción escrita especialmente para su alma, Alma Reed.

Y esa canción, que en el presente es casi un himno en Yucatán, se llamó *Peregrina*. Fue interpretada por primera vez por el charro-cantor Jorge Negrete con el "Trío Calaveras". Existen numerosas versiones de ella, de distintas épocas.

He aquí la letra de la danza-bolero que compusieron Rosado y Palmerín:

Peregrina

Peregrina de ojos claros y divinos
y mejillas encendidas de arrebol,
mujercita de los labios purpurinos
y radiante cabellera como el sol.

Peregrina que dejaste tus lugares,
los abetos y la nieve y la nieve virginal
y viniste a refugiarte a mis palmares
bajo el cielo de mi tierra, de mi tierra tropical.

Las canoras avecillas de mis prados,
por cantarte dan sus trinos y te ven
y las flores de nectarios perfumados,
te acarician en los labios, en los labios y en la sien.

Cuando dejes mis palmares y mi tierra,
peregrina de semblante encantador;
no te olvides, no te olvides de mi tierra,
no te olvides, no te olvides de mi amor.

El hombre de fuego

I

Cuando entró en aquel pasillo, comenzó a estornudar. No era de extrañar. A cada lado, casi hasta el techo, se levantaba la tupida ruma de chile, llamado también ají o, simplemente, picante, que disecado o deshidratado, estaba listo para la venta. Quiso correr del mercado pero sufrió un ataque de tos. Evidentemente, no tenía preparadas las fosas nasales para tan "condimentados" pasadizos.

De inmediato, como cosa curiosa, fue atacado por la risa, quería reír, reír, reír a carcajadas. Era muy cómica su situación. Solo él se retorcía y convulsionaba en medio del corredor "enchilado" o "picantoso". Para los calmados transeúntes, inocentes de lo que pasaba, en ese momento, él parecería algo así como el cómico Resortes bailando una de las rumbas acostumbradas o, simplemente, lo tomarían por loco.

Entonces, con una dosis de buen humor se preguntó: "¿Qué nombre podría ponerse a este show que estoy presentando yo, en este instante, en un lugar rodeado de ají por todas partes?". Y enseguida se respondió: "Bueno, este *show* podría llamarse perfectamente 'Venturas y desventuras de un llanero venezolano en tierras tapatías'".

Entre tanto, los otros clientes iban y venían como si nada. Por supuesto, ellos "eran de la casa". Disfrutaban aquellos olores, como si caminaran entre flores. En realidad, el chile era para ellos una especie de fragancia francesa. Esta fue la primera, mas, no la última de las peripecias que le pasaron en Guadalajara. Vinieron otras.

Recordó las grandes plantaciones de agave que rodean la ciudad, las vio cuando llegaba. El agave o maguey es una planta exuberante de pencas verdes alargadas y carnosas que, al juntarse en grandes sembradíos, produce una impresión inolvidable. El tronco del agave es el origen de las más conocidas bebidas mexicanas: el tequila, el mezcal y el pulque, este último, un licor de color lechoso tenue que literalmente "quema la garganta".

Esta fue la estampa de Jalisco que le dio la bienvenida. Guadalajara, la capital, era una ciudad realmente bella, como Guanajuato y otras capitales aztecas. Solo que Guanajuato, por razones históricas, tenía una diferencia: parecía "una ciudad de dos pisos". Guadalajara era la metrópoli mundial del tequila, del mariachi y de las mujeres bonitas, según la frase de los propios jaliscienses. Colocó las maletas en el piso y salió, ansiosamente, a dar la primera vuelta. La noche, a esa hora, también estaba de llegada.

Se paseó por lugares inolvidables. Se fue a la "Plaza del Mariachi" y luego a la "Plaza de los Tríos". En la primera, a la luz de la luna que ya había asomado, oyó toda la música mexicana conocida, la que los mariachis interpretan habitualmente, en donde no faltaron canciones que han dado la vuelta al mundo como *Si nos dejan*, *Sigo siendo el rey* y *Camino de Guanajuato*.

En Guadalajara, como en todo México, se rinde homenaje a Silvestre Vargas, el coterráneo que revolucionó el mariachi en 1940, al incorporar trompetas y otros elementos a los instrumentos rurales que eran arpa, guitarras y violines, con lo cual creó las condiciones para su lanzamiento internacional, hoy convertido en apoteosis. Vargas fue, además, el hombre que popularizó mundialmente el grito de "Ay, Jalisco no te rajes".

Seguidor de su padre Gaspar Vargas, quien en 1898, fundó el Mariachi Vargas de Tecalitlán, Silvestre Vargas acompañó a Jorge Negrete, Pedro Infante, Javier Solís, Lola Beltrán y Lucha Reyes, posicionándose como un importante referente musical de México.

En la "Plaza del Mariachi", el jolgorio era de altos decibeles. El público formó una algarabía cuando él pidió al grupo en el escenario, la canción popularizada por Vicente Fernández y cantada por muchos otros, *Mujeres divinas*.

Vicente Fernández ("don Chente" lo llaman coloquialmente los mexicanos), es oriundo de Jalisco y ha sido una de las más grandes estrellas aztecas de todos los tiempos, tanto en la canción como en el cine. Su presencia internacional es categórica, pero dentro de México es aplastante. Es "el mariachi mayor", "el último charro", "el rey del palenque", denominaciones que también le endosan.

Vicente Fernández ha recibido todos los premios y reconocimientos que una voz privilegiada como esa puede aspirar. Según melómanos especializados en música azteca, es la mejor voz que México ha creado, aún por encima de Javier Solís, Miguel Aceves Mejías, Pedro Infante y Jorge Negrete.

Y por si hiciera falta algún detalle, "don Chente" es padre y promotor de su hijo Alejandro Fernández ("El potrillo"), intérprete de *Como quien pierde una estrella*, quien ahora, ganada su propia estrella, se encuentra situado en la cúspide mundial.

En la "Plaza del Mariachi" conoció, además, artistas que por esos días se presentaban en la metrópoli tapatía, entre ellos "Los Tigres del Norte" todavía no tan famosos. Allí escuchó por primera vez a la veracruzana "Paquita la del barrio", heredera de Olga Guillot, Toña, la Negra, y María Luisa Landín, mejor conocida por sus canciones radicalmente feministas, entre ellas *Rata de dos patas* y *Tres veces te engañé*.

"Paquita la del barrio", por otro lado, posee un importante club nocturno en el centro de Ciudad de México, donde cada noche se presentan otras cantoras mexicanas que interpretan piezas del mismo corte. Paquita ha sido calificada como "la calcomanía de casi todas las mujeres". Como sea, sin polemizar, hoy está claro que el machismo y el feminismo extremos "son la cabeza y la cola del mismo monstruo".

Esa misma noche, estrechó la mano de Raymundo "Mundo" Armenta, denominado "El rey de Garibaldi" (de la Plaza Garibaldi, en Ciudad de México), reconocido cantautor mexicano, de larga trayectoria al lado de Sergio Gómez. "Mundo", como era de esperar, poseía la personalidad contagiosamente amistosa de los artistas aztecas.

Entre tanto, en la "Plaza de los Tríos", sonaba la música de "Los Panchos", "Los Tres Reyes", "El Trío Calaveras", "El Trío San Juan", "El Trío Matamoros". O sea, la onda musical era mexicana, pero también latinocaribeña. La cultura de América Latina y el Caribe es un pegamento indisoluble. Y este rasgo es más intenso en el caso de la música. En la "Plaza de los Tríos" pidió *Una copa más*.

En los días siguientes, caminó a Guadalajara palmo a palmo, anduvo por todos sus recovecos, especialmente parques, cafeterías y bibliotecas. Se "bebió sorbo a sorbo" la capital tapatía. Visitó a Tlaquepaque, uno de los centros artesanales más concurridos de México, verdadero santuario de las manos, porque muestra con toda fidelidad la inventiva, el sentido del detalle y la calma laboriosa, que poseen mexicanas y mexicanos, a la hora de dar forma a miles de objetos y figuras.

Después viajó a Zapopan, uno de los espacios espirituales mexicanos de más renombre. En sus calles angostas, con casas perfumadas de tradición, en compañía del hermano Domingo, sintió la frescura que viene de los cielos.

Y también elevó sus oraciones a la bienamada Virgen de Zapopan.

II

Ese día decidió visitar al doctor Atl (1875-1964). Y eso hizo. El pedestal que servía de base al busto del pintor, mostraba un rostro hierático, aunque de barbas sabias. Atl (agua, fuente de la vida, en nahuatl), era el apodo o nombre artístico adoptado por Gerardo Murillo, un jalisciense de amplia resonancia en la primera mitad del siglo xx. Atl, de pensamiento progresista, sostenía que los grandes enemigos de la Humanidad eran el clericalismo, el militarismo y el capital, al tiempo que comparaba a la Revolución mexicana con el socialismo bíblico.

Movido por la pasión de comprender, Murillo siguió estudios en Roma y París. Se matriculó en Filosofía y en Derecho. Fue alumno de Antonio Labriola y de Henri Bergson. Viajó por Europa y se involucró con las corrientes socialistas del Viejo Continente. Se acercó a los neoimpresionistas y al Fauvismo. Su nacionalismo, por amor al medio natural y humano mexicano, lo hizo paisajista y retratista.

La vocación profunda de Atl era el arte popular, llamado extrovertido, abierto, volcado hacia afuera, de cara a las masas. Planteó el muralismo antes de 1910, año en que irrumpió la Revolución mexicana. El

jalisciense logró tanto ascendiente sobre los artistas coterráneos que, seducidos por el halo europeo que lo rodeaba, veían con mucho interés su trabajo. En su taller se reunían para discutir y organizar la lucha. Entre estos creadores emergentes estaba José Clemente Orozco (1883-1949), después fundador del Muralismo mexicano junto con Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros.

Pero, quien ejerció una influencia enfáticamente definidora sobre Orozco y la mayoría de los plásticos mexicanos de ese tiempo, fue el caricaturista nacido en Aguas Calientes, José Guadalupe Posada (1850-1913), considerado generalmente el precursor de las artes nacionalistas y populares en México.

Posada, grabador y dibujante de procedencia humilde, se hizo famoso por sus ilustraciones de intenso contenido político, lo que le significó la cárcel en diversas ocasiones. Las calaveras de Posada, vestidas de mil maneras, algunas veces de gala, dejaron honda huella en la pintura y más allá, en toda la cultura mexicana. Solo a manera de ejemplo, digamos que Posada contribuyó a la consolidación de la fiesta Nacional del Día de Muertos en México, aparte de lo cual legó cerca de veinte mil grabados.

El doctor Atl, a la mexicana, fue una especie de Leonardo Da Vinci, por su conocimiento torrencial, por su audacia intelectual y por su pasión investigativa. Aparte de pintor, fue luchador político, alto funcionario cultural, arquitecto, vulcanólogo, periodista, ensayista, historiador, poeta y cuentista. *Popocatépetl* es uno de sus cuadros más famosos. Entre otros muchos escritos, publicó *Iglesias de México*; *Cómo crece y nace un volcán*: *el Paricutín*; *Las sinfonías del Popocatépetl*; *Narraciones extraordinarias; Las artes populares en México* y *Cuentos de todos los colores*.

Luego de visitar el Palacio de Gobierno del estado de Jalisco y el Paraninfo de la Universidad de Guadalajara, encaminó sus pasos hacia el "Hospicio Cabañas", algo así como "el templo mayor" del pintor José Clemente Orozco en Guadalajara.

El Hospicio, ubicado en el centro de Guadalajara, es actualmente una edificación ampliada, cuyo tamaño descomunal agrupa 23 patios, 106 cuartos, 72 pasillos y 2 capillas. La obra original, decretada por el obispo Juan Cruz Ruiz Cabañas y Crespo, en el amanecer del siglo XIX, estaba lista en 1845, tiempo en que Estados Unidos de Norteamérica

ya había puesto en marcha el proyecto de arrebatar a México la mitad de su territorio, en buena parte ocupado por inmensos yacimientos petroleros.

Originalmente, el obispo Cabañas aspiraba a un asilo para huérfanos, ancianos y desamparados, donde simultáneamente se dictaran talleres de aprendizaje en los oficios propios de la época. Realmente, estaba pensando en una "Casa de la Misericordia", nombre que efectivamente adoptó el Hospicio años después. El arquitecto Manuel Tolsá y el alarife José Gutiérrez fueron los encargados de adelantar los trabajos.

En tiempos del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940), quien nacionalizó el petróleo mexicano, José Clemente Orozco inició su obra centrada en el "Hospicio Cabañas". En 1939, cuando el ascenso nazi-fascista encrespaba las turbulencias del poder mundial hacia la Segunda Guerra, "Tata" Lázaro, encomendó a Orozco, además, la decoración del Tribunal Supremo de Justicia de México.

En el "Hospicio Cabañas", conoció Orozco sus años de esplendor, aunque sus murales y litografías quedaron en el Palacio de Bellas Artes de Ciudad de México y también en Nueva York y San Francisco. En el Hospicio, en la vieja capilla, Orozco pintó 53 murales, repartidos entre la cúpula y las paredes. Su obra cumbre como artista fue *El hombre de fuego*, una figura humana envuelta en llamas, ubicada en la elevada bóveda, la cual podría interpretarse como una metáfora de Prometeo.

Sobre *El hombre de fuego*, se han desgranado diversas opiniones, no pocas contrapuestas. Una de ellas, especialmente sugestiva, sostiene que Orozco, frente a la muerte metafísica y la muerte real que lo circundaba, se propuso destacar la capacidad del hombre para controlar su destino y ser libre ante elementos tan determinantes como la historia, la religión o la tecnología.

¿Desideologizada o apolítica la pintura de Orozco?

Por el contrario, aunque crítico frente al régimen soviético, fue un artista altamente comprometido, con una visión izquierdista del arte, nacionalista y popular, pedagógica y didáctica, como correspondía al México revolucionario. Orozco trabajó sobre su país apasionadamente, en el período precolombino, la Conquista, la Colonización y la Independencia. La crítica social fue su mayor vocación, como lo demostró su primera exposición ("La casa de las lágrimas"), en la librería Biblos,

en 1916, en Ciudad de México, en la cual, entre pinturas, acuarelas y dibujos, a distancia de Toulouse-Lautrec, se centró en el tema de la prostitución, de los cabarés, las tabernas y los burdeles.

Coincidiendo con la presencia de José Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública, en un año clave de su vida, 1922, se acuerda con Rivera, Sequeiros, Tamayo y otros, para impulsar la corriente de la pintura muralista, abierta a los sectores populares. Simultáneamente, unidos en un solo torrente, logran fundar el Sindicato de Pintores y Escultores de México, para la defensa de los creadores.

En 1932, se conoce su lienzo *Dioses del mundo moderno*, una dura crítica a los morbos de la modernidad. En el "Hospicio Cabañas", pinta *El hombre de fuego* en 1940. Ya había creado a *Prometheus* en 1932. Y después pinceló otro *Prometeo*, en 1944.

En el arte de Orozco hay una propuesta de humanismo profundo. En *El hombre de fuego*, por encima del Apocalipsis, por sobre las tumbas y el fracaso, está Prometeo, marcando la posibilidad de sobrevivencia de la especie. *El hombre de fuego* es una apuesta por la vida, en medio de la amenaza atómica representada por la Segunda Guerra Mundial. La alternativa del ser humano sigue siendo alcanzar la utopía y conquistar, por fin, un mundo superior signado por la vida. En *El hombre de fuego*, Orozco reitera el tema universal de la vida venciendo a la muerte.

Todas las versiones de Prometeo hablan de un semidiós, un titán o un hombre, aliado de los seres humanos en una antropofilia profunda: creador, protector, benefactor, amigo, dador o buscador del conocimiento. Según la mitología, los primeros hombres fueron creados con barro, fuego y otros materiales compatibles. Prometeo engañó a Zeus y puso el fuego en manos de los mortales, con lo que les dio el calor y al mismo tiempo, les entregó la herramienta para su evolución y desarrollo.

El hombre de fuego es un canto a la vida.

Anselmo, la bandola y la pajuela

I

El maestro Anselmo López tomó la bandola en sus manos, preparó "la pajuela" (uña hecha de cuerno de ganado) y tocó por tercera vez, de un solo tirón, la pieza intitulada *Las Guasimitas*. Todos los presentes, bajo aquel frondoso mango del patio de la casa, casi sin pestañear, miraban fijamente a las manos del ejecutante, que en "el entrastado", pero, sobre todo, en la boca del instrumento, jugaba con el cuerdero, haciendo prodigios.

La concurrencia, aparte de su compañera, hijas e hijos y algunos vecinos, estaba integrada por sus alumnos, el odontólogo Luis Alcides Fandiño (ganador del trofeo "La Bandola de Oro" en el año 1987); el médico endocrinólogo, Amilcar Schwazemberg; Luis Quintana (que ya era guitarrista); la virtuosa Odila Hernández; Luis Ángel Nieves, Marcelino Aponte y Ramón y Ángel Lanz, entre otros.

Están además presentes otros amigos: el inseparable Carlos Monasterios "el Silbón", una promesa de la canta llanera que está dando sus primeros pasos en el mundo de la discografía comercial; el coplero, Antonio Castillo "El tigre de la nietera"; el maestro Eladio Tarife, creador de *Linda Barinas*; y Migdalia Sánchez, quien venía de ganar por esos días el "Florentino de Oro" como vocalista.

Y estaba, igualmente, Misael Montoya nacido, como Anselmo, en Chaparrito, municipio Sosa del estado Barinas, famoso fabricante de bandolas, tanto de cedro seco como de caoba, samán, pardillo o pino, según el gusto de los clientes. Misael, en ese tiempo, ya era una figura en el mundo de la bandola.

Se cuenta que en cierta ocasión, entrevistado por el "General del Folklore", el recio luchador cultural larense nacido en El Tocuyo Gerardo Brito, conductor por cuarenta años del Programa Radial *Los venezolanos primero*, Gerardo le dice a Misael: "mira Misael, para mí tú eres botalón, rejo y sabana; tú eres llanerísimo". Y, de seguidas, le pregunta: "¿Cómo es eso que ahora algunos te llaman *luthier* de bandolas?".

Y se asegura que Misael, con la humildad que lo caracteriza, le respondió a Gerardo Brito de la siguiente manera: "Yo, la verdad, compadre, no sé quién inventó eso. Son cosas de la gente. Yo no soy más que un "veguero" (campesino), que aprendió a hacer bandolas desde niño en Chaparrito y me ocupo de eso porque me gusta".

Misael, de inmediato, explicó a los oyentes, que el cajón (caja de resonancia) de la bandola se hace de tapara (totuma) o tallado en una pieza de madera no amarga, "cortada en tiempos de luna menguante para que no se pique". Así mismo, comentó que los trastes se hacen de cabuya o "de palo" y las cuerdas de tripa de puercoespín o de cuero de culebra, aunque en algunas regiones las hacen de nylon.

Por cierto, valga recordar ahora que hace tres años se celebró en Barquisimeto, el II Homenaje Nacional a Gerardo Brito, difusor entusiasta de la música nacional, especialmente la llanera, quien, pese a los quebrantos de salud, se presentó, animó y declamó[1]. Más de treinta artistas y una docena de locutores y declamadores del país se juntaron, encabezados por Reyna Lucero, Teo Galíndez, Luis Lozada hijo ("El Cubirito"), Jorge Guerrero, Cruz Tenepe, Rafael "El Pollo" Brito, Alberto Castillo, Argenis Sánchez y Vitico Castillo.

Fue una fiesta del recuerdo en donde algunos participantes trajeron a la memoria a quienes estaban ausentes. Tal fue el caso de "El

1 Este homenaje se llevó a cabo el 12 de octubre de 2008 en la manga de coleo "Juan Canelón" en Barquisimeto, estado Lara. Respetamos en este caso el uso del tiempo presente que predomina en el texto. (Nota del editor).

Cubirito", quien aparte de contar anécdotas de su padre "El Cubiro", se refirió al "Negro" Esteban Cordero y a Servelión Nieta.

De cara al grupo que estaba reunido en el solar de la casa, se hallaban sentados el maestro Anselmo López, con su "sombrero pelo 'e guama" y a su lado, los conocidos cuerdistas Arévalo Tapia ("Don Julián") y Saúl Vera. Con Arévalo, Anselmo había grabado su primer disco *Dos bandolas de mi tierra*. Y Vera, es un joven bandolista en ascenso, que frecuentemente se traslada de Caracas a Barinas para trabajar con Anselmo.

Era aquella, una sesión de rutina, de Anselmo con "sus muchachos". Impartía una lección de bandola en su hogar. La bandola es un instrumento solista, conductor, líder, cuyo ritmo cadencioso permite sin embargo conservar la originalidad de la melodía. Ya Anselmo tocaba "trapeao", nombre que ha recibido su forma de manejar la pajuela (se dice "pajueleo" también), que junto al "doble bordoneo" le han conferido el calificativo de "rey de la bandola". Anselmo combina la pulsación digital con el punteo, con lo cual crea, simultáneamente, dos planos melódicos contrastantes: uno grave y otro agudo.

El método de enseñanza de Anselmo es práctico: interpreta una canción y todos observan al detalle el movimiento. Luego, los aprendices, uno a uno, se pasan el instrumento, e intentan, con sus propias manos, ejecutar la pieza tocada por Anselmo.

—Fíjense, presten atención, así aprendí yo, les decía. Y era cierto. Se hizo bandolista en los años cuarenta, en Chaparrito, caserío donde nació, observando muy bien a tañedores como Camilo Herrera, y luego practicaba solo. Cuántos "Velorios de Cruz de Mayo" y "Fiestas de todos los Santos" animó con la bandola. Todos le pedían *El pájaro campana*, una de sus interpretaciones maestras. "Solo oído" era Anselmo, porque nunca estudió música formalmente. Y ese método le dio buenos resultados con sus discípulos, a juzgar por la trayectoria ulterior que lograron tener.

"La música mía es una bendición de Dios", exclamaba a veces Anselmo. Se refería al hecho que sin haber estudiado música de manera formal, contaba con la vocación natural, el oído, las manos y las destrezas necesarias para el oficio. Otras veces, cuando observaba avances entre "los muchachos", les decía:

—Está bien, van muy bien, pero recuerden: "ustedes van a tocar mejor que yo, pero nunca más sabroso".

Y la risa cundía entre todos.

II

Como todo músico nato, a quien la música le sale del alma, Anselmo ingresó en el mundo de la bandola cuando, prácticamente, el instrumento andaluz había pasado por un relegamiento de más de cincuenta años.

El arpa era el instrumento que dominaba en el entorno, especialmente en los estados Guárico y Apure. La bandola solo sobrevivía difícilmente en el sur de Portuguesa y Cojedes, oeste de Apure, valle del río Arauca hasta el Meta, llanos orientales colombianos y sobre todo en el sur y este de Barinas, por los llanos de La Unión, Guadarrama, Puerto de Nutrias, Ciudad de Nutrias y puntualmente Chaparrito.

Largo había sido el olvido del grato instrumento, desde la llamada "Generación de 1914", última camada de bandolistas nutreños dentro de los que se menciona a Ulises Rumbos, Juvencio Vivas, Jesús Montilla, Urbano Ramírez y Camilo Herrera. Anselmo López, innegablemente, significó una resurrección triunfal del instrumento de cuatro cuerdas, que en otras regiones tiene cinco, cuatro dobles y hasta doce y dieciséis.

Entre tanto, el arpa se había implantado con Ignacio "Indio" Figueredo ("Guayabo negro"); con Juan Vicente Torrealba (*Concierto en la llanura*), con "Los Copleros del Camino" (*Palmaritales de Arauca*) y más adelante con arpistas notables como Cándido Herrera, Amado "Uña de Oro" Lovera, Eudes Álvarez, Omar Moreno y Hugo Blanco, autor de *Moliendo café* y arpista del gran venezolano Simón Díaz, cantautor de la celebrada pieza *Caballo viejo*.

En promociones posteriores, emergieron arpistas como "Joseíto" Romero, José Archila, Carlos Tapia, Yosaira y Yajaira Rojas, Pedro Pérez y Alexis Corona.

A comienzo de los años sesenta, el promotor cultural de "La Ciudad Marquesa" Tirso Urbina, propietario de la Peña Cultural "Capanaparo", consigue con Ángel "el Tigre" Pérez, la presentación de Anselmo López en la recién nacida Radio Barinas. Anselmo se presenta entonces con Eduardo "Catire" Camejo, en su programa

dominical *Camino al llano* y se abren las puertas de su tierra. En 1963, estuvo en *Fiesta Criolla*, en esa misma emisora. Y en los años setenta regresó al espacio *Llano adentro*.

En esta época, nace también el proyecto de un disco larga duración instrumental que fue apoyado financieramente por el comerciante Rafael Ollarves, grabado por Discomoda y que llevó por título *Viajando el llano*.

Ya Anselmo había grabado con Discomoda más de veinte acetatos sencillos. Por aquellos tiempos, la "música recia" era cantada por Ángel Custodio Loyola, José Romero Bello y despuntaban Francisco Montoya y Nelson Morales, quienes serían seguidos por Eneas Perdomo, Cristóbal Jiménez, Jesús Moreno, Reinaldo Armas, Luis Silva, José Alí Nieves, Freddy Salcedo, Freddy López, "Cheo" Hernández Prisco y José Gregorio Romero.

Sin embargo, el ascenso definitivo de Anselmo se produce al inicio de la década de los años setenta. Anselmo recibe apoyo del maestro Aldemaro Romero y ocurre un hecho clave en su ascenso artístico: graba un larga duración llamado *Raudales de mi región* con los populares cantantes llaneros Luis Lozada "el Cubiro"; Juan de los Santos Contreras "el Carrao de Palmarito"; y Antonia Volcán "la Llaneraza".

La obra realizada por Anselmo López no tiene paralelo. Ha sido una epopeya artística y una cruzada por la identidad nacional. El muchacho que comenzó "pajareando"(evitando que los pájaros destrozaran las cosechas), como "arriero" (pastoreando ganado) y como fogonero (en la producción de melaza y panela), terminó en la cúspide, rescatando la bandola llanera, representando honrosamente a Venezuela en conciertos en París, Londres, Lisboa, Madrid, Kansas City, La Habana, Medellín y casi todas las capitales venezolanas, formando a incontables bandolistas, dictando talleres de bandola en la Universidad Central de Venezuela, en la Universidad Simón Bolívar y en la Escuela de Música de Barinas, capital en la que recibió el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional Experimental de los Llanos Ezequiel Zamora (Unellez).

Pero, su trabajo ha ido más lejos. Son aceptados sus aportes al Festival Internacional del Joropo (Villavicencio, Departamento del Meta, Colombia); Festival Internacional de la Bandola (municipio Dolores, Barinas, Venezuela); y Festival de "El Silbón" (municipio Guanare,

Portuguesa, Venezuela), razón por la cual, en reconocimiento nacional, Petróleos de Venezuela creó en Barinas el Festival Internacional de la Bandola con el nombre de "Anselmo López", en el año 2003.

No obstante, este cuadro quedaría incompleto si omitimos otros nombres imprescindibles en el rescate, desarrollo y consolidación de la bandola que ha protagonizado Anselmo López. Nos referimos a bandolistas como Ismael Querales, Jhony Colmenares, Héctor Hernández, Marcelino Aponte, Delcirio Mujica, Octavio Calderón, Gerson García e Ignacio Figueredo, sobrino del "Indio" Figueredo.

La música de arpa, por su parte, había seguido su curso indetenible con Valentín Carucí (*Tonada del becerrero*); Augusto Bracca (*Chaparralito llanero*); José La Riva López (*Pasillaneando*); José Enrique "Chelique" Sarabia (*Ansiedad*); Yoel Hernández (*Viejo Soguero*); Enrique Rivas (*Puerto Abandonado*), Sexagésimo Barco (*Déjame nacer*) y Pedro Felipe Sosa Caro (*Vestida de garza blanca*).

Y con figuras como los cuatristas Freddy Reina, Pablo Canela, Hernán Gamboa, los Hermanos Chirinos, el Conjunto de los Hermanos Oropeza, Pedro Castro. Y vocalistas como Pedro Emilio Sánchez, Isabelita Aparicio, Adilia Castillo, Cristina Maica, Dennys del Río, Rumi Olivo, Manuel Bandre, Julio Miranda, Jesús Quintero "el Tigre de Mata Negra", Andrés Mercado y el declamador de siempre Víctor Morillo.

En síntesis, sería necesario hablar de mucha gente que, por diversos caminos, ha contribuido a la actual primavera de la música bolivariana, tan determinante para la consolidación de la cultura venezolana, del movimiento musical autóctono y de los artistas e instrumentos que corresponden a nuestro acervo identitario.

Sin embargo, este no es un ensayo de musicología. Aquí solo pretendemos poner de relieve que, en el inmenso caudal de la música típica venezolana y especialmente en esta floración de hoy, junto al "Indio" Figueredo, Juan Vicente Torrealba, Simón Díaz y muchos otros, que no nombramos por razones de espacio, Anselmo López ocupa, por méritos propios, un lugar indiscutiblemente prominente.

III

En el cielo, muy cerca de Dios, las almas ya sosegadas de Luis Lozada "El Cubiro" (LL), Juan de los Santos Contreras "El Carrao

de Palmarito" (JSC) y Antonia Volcán "La Llaneraza" (AV), sostienen una animada conversación. En las cercanías de ellos, se encuentran los espíritus de Víctor Brizuela "El Gavilán", Piper Jiménez "Perolito" y Rafael Moreno.

—LL: Yo creo que en el mundo de la música venezolana ha habido mucha gente importante, incluidos nosotros, pero nadie podrá negar que Anselmo López desenterró la bandola y la puso a circular en Venezuela y en el mundo…

—JSC: Sí. Lo que está pasando hoy es que han surgido otros bandolistas que se creen más vergatarios, y como que no se dan cuenta de lo que venía ocurriendo antes de que ellos surgieran, fíjate el caso de Moisés Torrealba.

—LL: Bueno, ese es un fenómeno generacional…

—AV: Yo creo que sucede lo que dice "El Cubiro", son corrientes musicales nuevas con otras ideas; a mí me parece normal, son muchachos; los jóvenes siempre tratan de innovar, cambiar las cosas y hacerlas de otra manera; lo que está ocurriendo no es malo.

—JSC: Sí, pero Moisés se las echa de príncipe de la bandola, se cree el almirante Cristóbal Colón.

—AV: Eso es cierto, pero francamente, él anduvo siempre en una búsqueda musical diferente; Moisés cree como Anselmo que hay que rescatar la bandola y colocarla nuevamente como instrumento líder de la "música recia", pero piensa también, que la bandola es un instrumento con el que se puede tocar todo tipo de música; Moisés está convencido de que la bandola es un instrumento universal con el que se puede tocar toda la música del mundo y en eso tiene razón.

—JSC: Yo he oído a Moisés diciendo eso, lo que me parece malo es que él siempre se mantuvo alejado del movimiento y le sacó el cuerpo a Anselmo, quien, no puede negarse, ha sido la figura central en el rescate de ese instrumento.

—LL: Mire ñero, eso no tiene importancia, los seres humanos vivimos en medio de encuentros y desencuentros y eso ocurre hasta con los hijos de uno; lo más importante para mí es lo que están haciendo actualmente esos muchachos.

—AV: A eso quería referirme "Cubiro", porque es la justificación de todo; resulta que Moisés Torrealba es en este momento, tal vez, el bandolista venezolano más prestigioso, lo que no le quita el más

mínimo mérito a Anselmo; Anselmo representó una etapa muy importante que fue la de recuperar la bandola después de varias décadas marginada, pero Moisés representa una nueva época que, si nos ponemos a ver, es continuidad de la que protagonizó Anselmo, por lo que yo creo que no puede verse lo que hace Moisés como opuesto a lo que hizo Anselmo.

—LL: Claro, "Carrao", esa es la verdad que tenemos que ver; Moisés Torrealba ocupa cada vez más escenarios nacionales e internacionales, y ha logrado un gran espacio por su calidad como ejecutante de bandola y también por su sentido de unidad musical entre la bandola, el cuatro, el bajo y las maracas.

—AV: Es cierto lo que dice "El Cubiro", este muchacho ha recibido elogios de las más variadas personalidades, entre ellas el maestro, John Williams. Por otra parte, ha fundado el Ensamble Trabadeos, un grupo con el que está tocando música diversa; ya estuvo en Madrid, Ámsterdam y otras capitales, con recibimientos tremendos.

—JSC: Bueno, él ya se había hecho conocido mundialmente formando parte del Ensamble Gurrufío, con ellos grabó un disco titulado *Sesiones*.

—LL: Esos muchachos me gustan, no solo por su calidad como músicos, sino por su valentía; los veo llevando la bandola a un nivel diferente; la música venezolana tiene muchas posibilidades y la bandola es un instrumento que puede dar mucho; con un sonido único y la tecnología de hoy se escucha muy bien.

—AV: Tienes razón. A mí me parece, aunque luzca contradictorio, que estos muchachos están continuando lealmente la obra salvadora de la bandola iniciada por Anselmo; solo que piensan que la bandola suena bien con la "música recia", pero, igualmente, suena bien con toda la música y esa es la línea de trabajo de ellos.

—JSC: Yo escuché que se presentaron en el Teatro "Teresa Carreño" de Caracas, pero como que han estado en otras partes.

—AV: Sí, aparte del "Teresa Carreño" han hecho presentaciones en el Palacio Presidencial de Miraflores, en la Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado de Barquisimeto, en el Teatro Municipal de Guanare, en la Unellez en Barinas y en el Centro de Eventos de Petróleos de Venezuela, también en Barinas.

—LL: Van pa'rriba; lo que más me gusta de ese Ensamble Trabadeos es que todos son barineses, tanto el bandolista Moisés Torrealba, como el cuatrista Ernesto Ramírez, el bajista Ángel Torres y el maraquero Pedro Elías Jiménez.

—AV: Estos muchachos de Trabadeos acaban de lanzar su segundo disco, en el cual, con la bandola como guía, interpretan varios ritmos; el nombre de esta producción es *Enhorabuena* y aparte de la canción que es el nombre del disco, incluyen otras piezas como "Sentimiento", "Boquerón", "Trabadeando", "Llanerita" y "Sabanas de Cunaviche", que yo recuerde.

—JSC: Yo tengo entendido que compartieron escenarios con el maestro Simón Díaz recientemente, pero ya habían estado con el compadre Eladio Tarife.

—LL: Sí, y ya tocaron también con María Teresa Chacín, Guillermo Jiménez Leal y Manolo Aldana, entre otros.

—AV: Y con los grupos "Arcano" y "Carota, Ñema y Tajá", consentidos de "los guaros" barquisimetanos.

Moctezuma en Teotihuacán

I

No imaginaba Moctezuma Xocoyotzin, en medio de las terribles tribulaciones que ahuyentaban su sueño en las últimas noches, que lo peor era lo que estaba por venir. Obseso, deprimido e impotente, el monarca azteca, otrora dueño de todo, hasta de la vida de los pueblos que estaban bajo su dominio, se sentía aturdido, extraviado, indeciso. Nunca sus pasos fueron más inseguros, titubeantes y confusos.

Su más fustigante tormento era no entender la ineficacia de los dioses mexicas frente a unos cuantos hombres traídos por el mar, montados a caballo y armados de arcabuces. Pero, al mismo tiempo, en ese angustioso junio de 1519, se devanaba los sesos preguntándose si aquellos eran los signos anunciadores de que "el dios de la sabiduría", Quetzalcoatl, la serpiente emplumada, estaba de regreso, tal como juró, después de su confrontación con Huitzilopochtli, "el dios de la guerra".

En los últimos años, los aztecas habían presenciado fenómenos inquietantes, ominosos, amenazantes. Un cometa había cruzado el cielo en pleno día. El templo del mencionado Huitzilopochtli había sido consumido por el fuego. Tenochtitlán, la capital del imperio, se había

inundado. El propio rey Moctezuma había sufrido pesadillas, en las que había visto hombres extraños, violentos, sanguinarios.

En uno de estos episodios oníricos, Moctezuma vio a Cuauhtémoc, desnudo, tirado en el suelo, ensangrentado, rodeado de hombres con rostro patibulario que portaban armas y que le propinaban una golpiza, sin que pudiera defenderse, salvo por los insultos y escupitazos que lanzaba. Era una sesión de tortura. Se trataba de hombres cobardes, crueles, desalmados, que no conocían la misericordia.

Moctezuma, a través del velo opaco de los sueños, observó que los despiadados torturadores preparaban una paila de aceite, la exponían al fuego, a muy altas temperaturas, hasta que el líquido comenzó a hervir. Entonces, dos de ellos, a empellones, trajeron a Cuauhtémoc, que tenía la cara amoratada y el cuerpo herido y lo obligaron a meter los pies en la grasa ardiente.

El óleo abrasivo, salpicado con los insultos e improperios de los cancerberos, empezó a quemar las plantas de Cuauhtémoc. El joven caudillo azteca soportó estoicamente, con insólito valor, los suplicios, al tiempo que rechazaba las tenaces preguntas sobre el lugar donde Moctezuma guardaba sus tesoros.

Finalmente, Moctezuma vio cuando ahorcaban a Cuauhtémoc, después de hacerlo caminar encadenado por la superficie del mar. Aquella premonición espantosa, en la que aparecía intermitentemente la figura de cuchillo de Pedro de Alvarado, lugarteniente de Hernán Cortés, a quien conoció después, nunca se iría de su memoria.

El Imperio azteca se había consolidado a lo largo de los siglos. Articulado en "provincias", con una sólida administración central, dotado de un sistema tributario exigente, se encontraba en pleno esplendor a mediados del siglo xv de nuestra era.

La ininterrumpida política expansionista había dado resultado. La Triple Alianza (incluía a Texcoco y a Tlacopan), había dejado grandes beneficios. Lograron anexarse a Tlatelolco y Coixtlahuala. Y, simultáneamente, destruyeron a capitales rebeldes como Chalco y Tepeaca, mientras mantenían en asedio permanente a Cholula.

Todo el Altiplano de Anáhuac era dominio azteca, desde la franja meridional de Michoacán hasta el Golfo de Tehuantepec, lo que equivalía, en términos actuales, a los estados de Guerrero, Hidalgo, Puebla, Oaxaca y parte de Veracruz, entre otros.

Sin embargo, no habían podido doblegar los señoríos de Tlaxcala y Huejotzingo, territorios independientes. Los tlaxcaltecas, especialmente, resistían con bravura la dominación azteca. Este dato, con el correr de los planes de dominación representados por Cortés, resultaría fatal. Tampoco habían tenido éxito en Nicaragua y Guatemala, áreas de su influencia comercial. El sojuzgamiento de territorios y pueblos suministraba a los reyes mexicas decenas de esclavos, cobros de tributos y vidas para sacrificar a los dioses, que, en determinados períodos, enfurecidos, desataban hambrunas, epidemias e inundaciones.

II

Quetzalcoatl, el dios teotihuacano revivido por los toltecas y venerado por los chichimecas, de los que formaban parte los aztecas, siempre les había dado protección. Y ahora, cuando más lo necesitaban, sentían que los abandonaba ¿Sería, acaso, que los dioses de los hombres procedentes del mar eran más poderosos que Quetzalcoatl?

Esta duda atormentaba a Moctezuma. Lo torturaba. Le infundía miedo. Tenochtitlan, metrópoli fortificada del imperio, emplazada en el lago de Texcoco, corría el riesgo de ser destruida por los invasores. El enemigo extranjero había logrado sumar a los belicosos tlaxcaltecas y a su líder, el aguerrido Xicotencatl.

Moctezuma, por otra parte, se asombraba ante la presencia de ese animal imponente que era el caballo. Se sorprendió igualmente, por los estragos que producían entre sus guerreros, aquellos forasteros armados de ballestas, piezas de artillería y falconetes, instrumentos de guerra desconocidos por sus combatientes.

Sabía también, que el líder invasor, contaba con los consejos cercanos de Malinalli, Malina o Malitzin, mejor conocida como Malinche, joven india amancebada con él, que tuvo un hijo suyo y que dominaba las lenguas náhuatl, maya y el castellano, lo que la convertía en un magnífico agente político y diplomático para las negociaciones del jefe extranjero con los grupos indígenas autóctonos que rechazaban la hegemonía azteca.

En efecto, doña Marina, como la llamaba Hernán Cortés, junto con Jerónimo de Aguilar, que hablaba perfectamente el maya y el castellano, y hombres diabólicos como Pedro de Alvarado, jugó un papel clave en el desenlace acaecido. “Después de Dios, le debemos la

conquista de la Nueva España a doña Marina", llegó a afirmar Cortés en algún momento, según los escritos dejados por los cronistas.

Malinche entregó a los conquistadores españoles información clave, sobre las disputas y conflictos entre unas ciudades y otras; organización económica; costumbres; orden y sucesión de los reinos; sacrificios humanos de los vencidos; formas habituales de tributo y reglas en las relaciones familiares.

Sin embargo, aunque Cortés, frente a unos pocos millones de aztecas, contó con once navíos, ciento diez marineros, quinientos ocho infantes, treinta y dos ballesteros, trece arcabuceros, dieciséis caballos, diez piezas de artillería y cuatro falconetes, entregados en La Habana por el gobernador Diego de Velázquez, tuvo principalmente a su favor tres factores decisivos: el apetito hispánico del oro, la oleada de viruela desatada entre los aztecas y la aplastante superioridad militar de sus hombres.

Sobre estos condicionantes fundamentales, actuaron los otros: el rol de Malinche, el odio de los tlaxcaltecas y la espantosa confusión de los líderes aztecas, fenómeno que llevó a Moctezuma a colmar de presentes a Cortés creyéndolo Quetzalcoatl.

A la medianoche del 20 de junio de 1520, en la celebración de la fiesta del dios Toxcatl, los aztecas fueron masacrados a mansalva por Pedro de Alvarado, cuando, ataviados con plumas y joyas preciosas, repetían sus danzas rituales en la plaza central. El levantamiento azteca, liderado por el valeroso Cuauhtémoc, fue inmediato.

Cortés, entonces, con su invariable vileza, intentó negociar usando como rehén a Moctezuma en plan de mediador. Moctezuma buscó hablarle a su pueblo. La multitud enardecida, en protesta, lo apedreó. Y Cortés tuvo que iniciar una penosa retirada hasta encerrarse en Tlaxcala, perdiendo en el trayecto decenas de hombres. La bravura de los guerreros aztecas había humillado gravemente a la soberbia insular.

III

Teotihuacán, "el lugar donde los hombres se convierten en dioses", donde comenzó la creación del mundo, es un área de veinte kilómetros cuadrados de superficie y cien mil habitantes; es la ciudad sagrada, el centro ceremonial, especialmente edificado para el encuentro de los creyentes con los dioses.

En el conjunto arquitectónico destacan las Pirámides del Sol y de la Luna, con sus amplias plazas; la larga Calzada de los Muertos que comunica a ambas; las habitaciones de los sumos sacerdotes y los muros pintados de jaguares que están en el trayecto, y al final, el Palacio y el Templo de Quetzalcoatl, la deidad suprema.

Moctezuma necesita agónicamente comunicarse con Quetzalcoatl. Solicitar su consejo. Preguntarle el por qué de los acontecimientos recientes. Sabe que tiene que hacerlo en Teotihuacán. Siempre fue su recurso extremo.

Pero Moctezuma se siente muy mal físicamente. Un malestar corporal lo invade. No sabe qué es. Y no quiere morir aún. Aunque su cuerpo no presenta pústulas, nota que tiene fiebre. Tal vez ha sido el contacto con los españoles. Ellos trajeron la epidemia de viruela contagiosa, que tiempo después mataría a Cuitláhuac y a miles de aztecas.

En un instante, Moctezuma cruza la Ciudad Santa. Sus pies vuelan por la Calzada de los Muertos y se introduce en el túnel de la Pirámide del Sol. Había hecho tantas veces el trayecto, no recordaba ya la cantidad de ocasiones en que había recorrido esa catacumba, siempre al encuentro de Quetzalcoatl. Caminó rápidamente un poco más de cien metros.

En el fondo profundo de la Pirámide del Sol, en la base subterránea de máxima energía telúrica de aquella mole espiritual, en el lugar más recóndito y oculto de Teotihuacán, está ubicada la plazuela, con altar brillante, en donde se prosterna Moctezuma para platicar con Quetzalcoatl.

Moctezuma ha sido un rey de poder teocrático que ahora, por virtud de los sucesos, acude nuevamente ante su dios. Está desesperado. Se arrodilla, se postra, se humilla ante Quetzalcoatl, la serpiente emplumada, el Todopoderoso, el Supremo Hacedor.

Moctezuma había venido antes al oratorio, en tiempos de sequía, a solicitarle el milagro de la lluvia. O cuando aspiraba mejores cosechas. O cuando necesitaba apoyo para aplastar las rebeliones de las tribus vecinas encrespadas y levantiscas. Moctezuma siempre necesitó de Quetzalcoatl. Y Quetzalcoatl siempre le dio apoyo.

Sin embargo, ahora venía a rogar a su dios en condiciones distintas. Las pasadas veces se había presentado como vencedor. Ahora, ya

designado Cuitláhuac como nuevo monarca por la aristocracia sacerdotal gobernante, venía alicaído, derrotado.

Moctezuma, con la mayor devoción, imploró a Quetzalcoatl.

Pero Quetzalcoatl, esta vez, no vino a aconsejar a Moctezuma.

Índice

Liminar	11
Crónicas y relatos	15
Presentimiento	19
Rafaelita	21
El barco encantado	29
El Martín Jota	35
Pichirilo	39
El arpa viajera	45
Colibrí en México	51
La casita blanca	57
Bolívar en Acapulco	61
Tulum	67
Chimbangueles	73
Peregrina	79
El hombre de fuego	85
Anselmo, la bandola y la pajuela	93
Moctezuma en Teotihuacán	103

Edición digital
junio del 2018
Caracas, Venezuela.

Bolívar en Acapulco
Crónicas y relatos de Venezuela y México

Bolívar en Acapulco reúne crónicas y relatos escritos a modo de testimonio sobre la experiencia del Libertador y su relación con México, su pueblo, cultura e historia. Con fina prosa, nos acerca al país azteca desde una perspectiva venezolana, al tiempo que recorre la geografía cultural y humana de Venezuela construyendo un texto híbrido en el que la semejanza diversa entre ambos países y culturas, configura un paisaje emocional y literario que pone en evidencia la cercana relación entre las tierras y los pueblos de Bolívar y Moctezuma. Este es un texto que muestra cómo las similitudes entre los pueblos de América superan las diferencias, porque, como decía José Martí: "Patria es Humanidad".

Alirio Liscano
(Barinas, 1943)

Escritor, profesor, exdiplomático. Licenciado en Historia y maestro en Ciencias Políticas por la Universidad de los Andes (Mérida, Venezuela), con estudios de posgrado realizados en la Universidad de La Habana. Es actualmente coordinador de Formación Ideológica del Equipo Político Estadal del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) en la misma entidad, aparte de integrar la profesoral Fuerza Bolivariana Universitaria (FBU). Ha publicado *Bolívar en tres perfiles* (Ensayo, México, 1996); *La púrpura impetuosa* (Poesía, Costa Rica, 2004) y *Médanos blancos* (Relatos, Venezuela, 2009).

9 789801 442356

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura